Serie El Hombre y la Tierra

Élisée Reclus

EDUCACIÓN

Prólogo de Rodrigo Rosa

Editorial Eleuterio

de Grupo de Estudios Gómez Rojas





Serie
El Hombre y la Tierra

Volumen 2

Educación

La Geografía es la Historia en el Espacio,
lo mismo que la Historia es la Geografía en el Tiempo.

ÉLISÉE RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA
EDUCACIÓN



Versión ilustrada

Traducción de Anselmo Lorenzo

Prólogo de Rodrigo Rosa



Reclus, Élisée
El Hombre y la Tierra : Educación - 1a ed. - Santiago de Chile: Editorial Eleuterio, 2015.
120 pp.; 19,5x12,5 cm. (Serie El Hombre y la Tierra)

ISBN 978-956-9261-07-7

1. Civilización-Historia. 2. Educación. 3. Geografía humana. 4. Geografía social. 5. Historia Universal. Tomo II.

Traducción: Anselmo Lorenzo
Prólogo: Rodrigo Rosa

Proyecto gráfico: Artes Gráficas Cosmos
Cubierta: "Apple Picking at Eragny-sur-Epte", de Camille Pissarro (1888).

ISBN: 978-956-9261-07-7 (Volumen)
ISBN: 978-956-9261-01-5 (Obra Completa)

Editorial Eleuterio
Web: http://eleuterio.grupogomezrojas.org
Contacto: eleuterio@grupogomezrojas.org
Santiago de Chile



Impreso en Chile / Printed in Chile

Nota de los editores

«Educación» es el segundo volumen de la serie «El Hombre y la Tierra». Antecedido por «El Estado Moderno», con este volumen vamos avanzando en el ambicioso propósito de esta serie: publicar una selección de apartados de la voluminosa obra «El Hombre y la Tierra» del geógrafo francés Élisée Reclus, conservando las ilustraciones y fotografías de la obra originales e incluyendo estudios preliminares de investigadores del corpus reclusiano, acompañados de apéndices con materiales históricos sobre o del autor en cuestión.

Específicamente, el apartado «Educación» (páginas 441 a la 506) corresponde al sexto volumen «Historia Contemporánea (continuación)» de «El Hombre y la Tierra», edición de la Escuela Moderna de Barcelona, año 1909, cuya traducción desde el francés fue hecha por Anselmo Lorenzo y luego revisada por el naturalista Odón de Buen.

La serie de los seis tomos abarca el desarrollo completo de la Humanidad hasta el momento en que fue publicado. El tomo I

lleva por título «Los Antepasados e Historia Antigua», siendo los que siguen, «Historia Antigua (continuación)» [tomo II], «Historia Antigua (continuación) e Historia Moderna» [tomo III], «Historia Moderna (continuación)» [tomo IV], «Historia Moderna (continuación)» e «Historia Contemporánea» [tomo V]. El texto original fue publicado en francés, con la misma carátula, también en seis tomos.

El texto que a continuación se reproduce, corresponde a una selección hecha por el Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas, siendo tomado de la publicación efectuada el año de 1909. Este sexto tomo contiene, además, los siguientes capítulos en orden: «Inglaterra y su cortejo»; «El Nuevo Mundo y la Oceanía»; «La Cultura y la Propiedad»; «La Industria y el Comercio»; «La Religión y la Ciencia»; «El Estado Moderno»; y «Progreso». Se ha intentado incluir la mayor cantidad de imágenes aparecidas, para entregar, de la forma más clara posible, la densidad científica y artística del texto. Cabe señalar que, a diferencia del primer volumen, hemos incluido el prefacio que abre «El Hombre y la Tierra» en su primer tomo. Esto se mantendrá durante los siguientes volúmenes.

Desde su publicación y traducción al castellano, se han publicado extractos y selecciones, ninguna de ellas, según sabemos, en Santiago de Chile. Sin embargo, debemos ser francos en reconocer que la inspiración y el entusiasmo por publicar de este modo parte de la obra reclusiana, proviene de la influencia del gran divulgador del pensamiento anarquista, Plínio Augusto Coêlho, quien desde hace años se ha dedicado a la traducción al portugués de las obras de Reclus, donde destacamos la serie «O Homem e a Terra» de Editora Imaginário.

Dejamos la lectura de este volumen abierta para todas y todos aquellos que buscan emancipar la educación de su estado de servidumbre.

Prefacio a El Hombre y la Tierra
por Élisée Reclus

Hace algunos años, después de haber escrito las últimas líneas de una larga obra, *La Nueva Geografía Universal*, expresaba el deseo de poder estudiar al Hombre, en la sucesión de las edades, como le había observado en las diversas regiones del Globo y establecer las conclusiones sociológicas a que había llegado. Trazaba yo el plan de un nuevo libro en que se expondrían las condiciones del suelo, del clima, de todo el ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la Historia, donde se mostrase la concordancia de los Hombres y de la Tierra, donde todas las maneras de obrar de los pueblos se explicasen, de causa a efecto, por su armonía con la evolución del planeta.

Este libro es el que presento actualmente al lector.

Sabía de antemano que ninguna investigación me haría descubrir esa ley de un progreso humano quimérico, cuyo espejismo se agita sin cesar en nuestro horizonte, y que huye de nosotros y se disipa para reaparecer modificada después.

Aparecidos como un punto en el infinito del espacio, no conociendo nada de nuestros orígenes ni de nuestros destinos, hasta ignorando si pertenecemos a una especie animal única o si han nacido sucesivamente varias humanidades para extinguirse y resurgir aún, en vano formularíamos reglas de evolución removiendo la niebla incoercible con la esperanza de darle una forma precisa y definitiva.

No; pero en esa avenida de los siglos, que los hallazgos de los arqueólogos prolongan constantemente en lo que fue la noche del pasado, podemos al menos reconocer el lazo íntimo que reúne la sucesión de los hechos humanos y la acción de las fuerzas telúricas, y nos es permitido seguir en el tiempo cada período de la vida de los pueblos correspondiente al cambio de los medios, observar la acción combinada de la Naturaleza y del Hombre mismo reaccionando sobre la tierra que le ha formado. La emoción que se siente contemplando todos los paisajes del planeta en su variedad sin fin y en la armonía que les da la acción de las fuerzas étnicas siempre en movimiento, esa misma música de las cosas, se resiente viendo pasar los hombres cubiertos con sus vestidos de fortuna o de infortunio, pero todo en estado igual de vibración armónica con la tierra que les lleva y les nutre, el cielo que les ilumina y les asocia a las energías del cosmos. Y así como la superficie de la tierra nos presenta incesantemente bellos paisajes que admiramos con toda la potencia del ser, del mismo modo el curso de la historia nos muestra en la sucesión de los acontecimientos escenas admirables de grandeza que nos ennoblecemos conociéndolas y estudiándolas. La geografía histórica concentra en dramas incomparables, en realizaciones espléndidas, todo lo que puede evocar la imaginación.

En nuestra época de crisis aguda en que la sociedad se encuentra tan profundamente conmovida, en que el remolino de evolución se vuelve tan rápido que el hombre, poseído de

vértigo, busca un nuevo punto de apoyo para la dirección de su vida, el estudio de la historia es de un interés tanto más precioso, cuanto su dominio, incesantemente aumentado, ofrece una serie de ejemplos más ricos y más variados. La sucesión de las edades se convierte para nosotros en una gran escuela cuyas enseñanzas se clasifican ante nuestro espíritu, y hasta acaban por agruparse en leyes fundamentales.

La primera categoría de acontecimientos que observa y comprueba el historiador nos muestra cómo, por efecto de un desarrollo desigual en los individuos y en las sociedades, todas las colectividades humanas, a excepción de las hordas estancadas en el naturismo primitivo, se desdoblan por así decirlo en clases o en castas no solamente diferentes, sino opuestas en intereses y en tendencias, hasta francamente enemigas en todos los períodos de crisis. Tal es, bajo mil formas, el conjunto de hechos que se observa en todas las comarcas del universo, con la infinita diversidad que determinan los lugares, los climas y la madeja cada vez más enredada de los acontecimientos.

El segundo hecho colectivo, consecuencia necesaria del desdoble de los cuerpos sociales, es que el equilibrio, roto de individuo a individuo, de clase a clase, oscila constantemente sobre su eje de reposo: la violación de la justicia clama siempre venganza. De ahí, incesantes oscilaciones. Los que mandan tratan de permanecer los amos, mientras que los sojuzgados pugnan por reconquistar su libertad; después, arrastrados por la violencia de su impulso, intentan reconstituir el poder en su provecho. De ese modo, guerras civiles, complicadas, con guerras extranjeras, con destrucciones y ruinas, se suceden en un enredo continuo con término diferente según el poder respectivo de los elementos en lucha: o bien los oprimidos se someten después de agotar su fuerza de resistencia; mueren lentamente y se extinguen, careciendo ya de la

iniciativa que constituye la vida; o bien triunfa la reivindicación de los hombres libres, y en el caos de los sucesos pueden discernirse verdaderas revoluciones, es decir, cambios de régimen político, económico y social, debidos a la comprensión más clara de las condiciones del medio y a la energía de las iniciativas individuales.

Un tercer grupo de hechos, resultado del estudio del hombre en todas las edades y en todos los países, demuestra que toda evolución en la existencia de los pueblos proviene del esfuerzo individual. En la persona humana, elemento primario de la sociedad, ha de buscarse el choque impulsivo del medio, que se traduce en acciones voluntarias para esparcir las ideas y participar en las obras que modificarán la marcha de las naciones. El equilibrio de las sociedades sólo es instable por la dificultad impuesta a los individuos en su franca expansión. La sociedad libre no puede establecerse sino por la libertad absoluta suministrada en su desarrollo completo a cada hombre, primera célula fundamental, que se agrega en seguida y se asocia como le place a las otras células de la cambiante humanidad. En proporción directa de esa libertad y de ese desarrollo inicial del individuo, las sociedades ganan en valor y nobleza: del hombre nace la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo.

La "lucha de las clases", la busca del equilibrio y el arbitraje soberano del Individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la geografía social y que, en el caos de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de "leyes". Ya es mucho conocerlas y poder dirigir según ellas la propia conducta y la parte de acción en la gerencia común de la sociedad, en armonía con las influencias del medio, de aquí en adelante conocidas y escrutadas. La observación de la tierra nos explica los acontecimientos de la Historia, y ésta nos hace volver a su vez hacia un estudio

más profundo del planeta, hacia una solidaridad más consciente de nuestro individuo, tan pequeño y tan grande a la vez, con el inmenso universo.


El Hombre y la Tierra
Educación

Estudio preliminar

por

Rodrigo Rosa da Silva*

Élisée Reclus (1830-1905) fue, aunque pocos lo sepan, uno de los geógrafos más importantes y productivos del siglo xix. Escribió obras monumentales como como *La Terre; description des phénomènes de la vie du globe* (2 volumes, 1868-1869); *Nouvelle Géographie Universalle* (19 volumes, 1876-1894); y *L'Homme et la Terre* (6 volumes, 1905). A lo largo de sus escritos es posible ver las especificidades de su pensamiento geográfico y educativo. Reclus no separaba la geografía física de la geografía humana, idea que expresa en su famosa frase: «El hombre es la naturaleza tomando conciencia de sí misma.» Analizaba, de manera innovadora, los hechos desde la perspectiva de la «lucha de clases», mas, iba más allá de las interpretaciones economicistas y deterministas en boga en el

* Educador sindical, cientista social, magíster en Historia Social y doctor en Educación. Integrante de la Biblioteca Terra Livre y del Grupo de Investigación de Poder Político, Educación, Luchas Sociales.

campo del socialismo autoritario, añadiendo el papel esencial de la voluntad del individuo en el proceso social y destacando su teoría de la evolución y revolución, concepto tomado de las ciencias naturales y aplicado a la sociedad.

Las fronteras entre las diferentes ciencias en el desarrollo en el siglo xix fueron desafiadas por Reclus, quien expresaba esto, por ejemplo, en la afirmación: «La Geografía es la Historia en el espacio, al mismo tiempo que la Historia es la Geografía en el tiempo.» En paralelo a su notable producción científica, desarrolló la docencia en la Universidad Nueva de Bruselas y en áreas no académicas, lo que le valió aún más prestigio tanto en el campo de la geografía como en el de la educación. La educación fue un tema constante en diversas obras que escribió y en su vida de geógrafo y militante anarquista, sea por su interés científico, por su posición política o por su papel de profesor.

Respecto a su actuación política, hay varias referencias que indican la presencia de Reclus en los congresos de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), que atestigua su militancia junto al movimiento obrero que comenzaba a organizarse. El eminente geógrafo conoció a Bakunin en 1864 y trabó con él una intensa amistad, cultivando un enorme respeto. A pesar de algunas divergencias teóricas iniciales, ambos se tornaron en colaboradores de la Internacional y comenzaron a tener duras críticas al socialismo autoritario de inspiración marxista que surgía en el seno de la AIT.

En este ambiente se debatió, entre otros temas importantes, la cuestión de la educación, siendo Élisée, junto con otros anarquistas, uno de los principales animadores de tales discusiones. En el congreso de la AIT de 1867 en Lausanne, fue aprobada la moción que sugiere una educación científica, profesional y productiva, en los moldes de la Educación Integral propuesta, por ejemplo, por Bakunin, en paralelo al fin de la

enseñanza religiosa. Después de la represión a la Comuna de París, Reclus participó de la Federación del Jura, junto a Kropotkin, y continuó sus discusiones sobre el tema de la educación. En 1882, durante un congreso de la Federación, Élisée reafirmó su opinión de que solamente en una sociedad libre, es decir, sin jefes ni gobiernos, sería posible llevar a cabo la Educación Integral. Esta nueva sociedad debería anclarse en la solidaridad, la igualdad económica y en la total libertad individual y colectiva.

Fue en este proceso, junto a los trabajadores, que Reclus se interesó cada vez más por el tema de la educación, transformándose en una figura clave en el desarrollo de una propuesta pedagógica de orientación anarquista que acreditaba a la enseñanza el papel de ser un medio indispensable (aunque no el único) de la emancipación de los trabajadores. Reclus actuó, también, dentro del campo científico y educativo en otros dos frentes: a través de la investigación geográfica, asociada a la producción de artículos y compendios de carácter científico, y por medio de la enseñanza de la geografía.

Fue solamente durante sus últimos 10 años de vida que Reclus trabajó en la redacción de su obra geográfica y social más importante, *L'Homme et la Terre*, en 6 volúmenes. En ella hay un capítulo entero dedicado al tema de la educación (capítulo XI, Libro IV, tomo VI), texto que en su integridad compone esta edición publicada por Editorial Eleuterio, una iniciativa de los compañeros del Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas. Si agregamos a dichos volúmenes otras obras escritas por él, sean carácter político o científico, que traten de la enseñanza de la geografía o de un análisis crítico de nuestras escuelas y de sus métodos de enseñanza, podemos esbozar un cuadro con los principales elementos que constituyen la concepción de educación de Élisée Reclus. Encontramos sus ideas propagadas por todas sus obras geográficas, que en sí mismas

tenían un objetivo formativo en la medida en que podrían ser caracterizadas como manuales de uso para investigadores iniciados y trabajadores y estudiantes en general. Pero es en ese capítulo dedicado a la educación de *L'Homme et la Terre*, y en un artículo intitulado *L'Enseignement de la Geographie* de 1903, recientemente publicado en portugués por la Biblioteca Terra Livre en Brasil, donde encontramos sistematizadas sus críticas a la educación tradicional y algunas propuestas para una nueva enseñanza.

Reclus propuso métodos de enseñanza y prácticas pedagógicas que hasta hoy en día pueden considerarse avanzadas y deseadas por los padres, estudiantes y profesores. Para él, el presupuesto esencial para una educación racional debería ser una «vuelta a la naturaleza.» Además de esto, Reclus acredita la necesidad de establecer nuevas relaciones entre padres, alumnos y profesores, rompiendo la dominación existente; anima a la coeducación de los sexos y la abolición de las pruebas y exámenes; y, en consonancia con las propuestas educativas libertarias, establece como método la realización de trabajos manuales asociados con la instrucción intelectual. Todo esto, claro, siempre criticando la enseñanza burguesa, religiosa y patriótica.

En este último aspecto, Reclus tenía posiciones radicales, expresadas en el prefacio que escribió para el libro de geografía física de Odón de Buen, publicado por la Escuela Moderna de Barcelona:

> En efecto, la Geografía puede enseñar al niño ruso, que hay países cuyos habitantes no obedecen al Tzar de la muy santa Rusia, que acá y allá estallan a veces revoluciones libertadores y que ciertos *locos* han proclamado en alguna parte los *Derechos del hombre*. A los ojos de estos locos, entre los cuales tenemos la satisfacción de contarnos, la Geografía es la Ciencia que

> demuestra la unidad perfecta del gran dominio terrestre y lo absurdo de las fronteras.[1]

Reclus, como todo pensador anarquista, crítica a la educación tradicional, clasificándola de autoritaria y aristocrática. La enseñanza sostenida por la Iglesia, considerada como desconcertante y alienante, es totalmente rechazada. Pero también la educación propuesta por el Estado recibe duras críticas, pues en ella Reclus identifica la pura sustitución de Dios por el Estado, por la Patria y por las leyes. En su crítica a la enseñanza moderna —confesional o laica, religiosa o estatal— Reclus denuncia, ya a mediados de 1900, el carácter penitenciario que las escuelas tenían en su organización espacial y disciplinar. En conversaciones con los maestros, el geógrafo francés critica la sensación de infalibilidad del profesor y su consiguiente actitud autoritaria hacia los estudiantes: «el amor y el respeto del maestro por el niño debería prohibirle impregnar en su trabajo de tutela y enseñanza el procedimiento sumario de antiguos déspotas: la amenaza y el terror.» Sus observaciones se extienden a la familia.

Respaldado por su crítica educación libertaria, Reclus se declara adepto a la Instrucción Integral, siguiendo la misma tradición de sus compañeros anarquistas Mikhail Bakunin y Paul Robin, aquel que uno el trabajo manual y el trabajo intelectual, y busca la formación por completo del individuo, tomándolo en su totalidad y estimulando sus potencialidades a través de diversos métodos y técnicas. Élisée cree en la eficacia de ese nuevo modelo educativo que, según él, combinaría «curso de adultos, técnicos y profesionales, conferencias diurnas y nocturnas, ejercicios y demostraciones, veladas teatrales.» Soñaba, por último, con que las Universidades Populares se propagaran en todo el mundo, buscando la formación de los trabajadores y del pueblo para que la ciencia se difunda y

1. Escrito disponible en los apéndices del presente volumen, página 113.

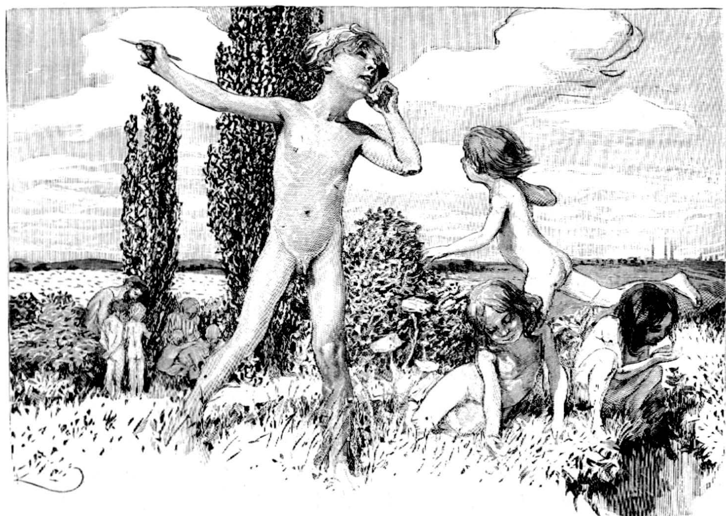
sea distribuida «a todos los hombres en la medida de su querer y de su fuerza de adaptación».

A lo largo del libro que tienes en las manos, el lector encontrará, además de las críticas mencionadas, propuestas concretas y bases filosóficas para la construcción de nuevas y mejores formas de enseñanza, así como las subvenciones para el establecimento de nuevos métodos de enseñanza de la geografía y de cualquier otro conocimiento.

El pensamiento de Reclus sobre la educación influyó a diversos militantes y pensadores anarquistas, marcando profundamente la experiencia de algunos maestros de finales del siglo xix y principios del xx. Junto a Proudhon, Bakunin y Kropotkin, Élisée forjó los principios de la pedagogía libertaria, discutida y colocada en práctica a través de la actuación del movimiento obrero europeo. Nótese la influencia directa de la Educación Integral en proyectos educativos como los de Paul Robin (Orfanato de Cempuis), Sébastien Faure (La Ruche) y Francisco Ferrer y Guardia (Escuela Moderna).

Así, a partir del pensamiento y de las propuestas educativas de Élisée Reclus, se creó una nueva epistemología en el campo de la geografía. Educadores de diferentes épocas y países se lanzaron a la práctica y ensayaron algunas formas innovadoras de enseñanza de la geografía en ambientes educativos libertarios. Por eso, la lectura del presente volumen no sólo se recomienda, sino también es esencial para cualquier profesor o geógrafo que desee, desde el fondo de su alma, la plena libertad de los hijos y una formación integral para todos los seres humanos que habitan este planeta.

Rodrigo Rosa da Silva
São Paulo, Octubre de 2014
Biblioteca Terra Livre



EDUCACION

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza.

Como la ciencia misma, y en una proporción más señalada, la enseñanza se resiente de los orígenes nacionales, es decir, de las condiciones geográficas e históricas en que cada pueblo se ha desarrollado. En teoría es muy diferente: todo ser humano que se da por misión enseñar a otro hombre, niño o adulto, no debe tener más cuidado que ser intérprete escrupuloso de la verdad y de hacer que penetre en la inteligencia ajena lo que ha comprendido y tiene necesidad de comunicar fraternalmente con la alegría de saber. En la práctica, eso es excepcional y los conocimientos pueden propagarse a la manera de un magnífico incendio: pero ordinariamente lo que se llama enseñanza toma muy diferente aspecto. Los instructores, simples gentes de oficio, no están necesariamente

animados de aquel fuego sagrado que es el entusiasmo por la verdad, y lo que enseñan no es más que una lección dictada conforme a intereses de nacionalidad, de religión y de casta. Todas las supervivencias tienen su parte en la obra tan compleja y tan diversa de la enseñanza.

Ante todo, el vicio capital de las escuelas es el de todas las instituciones humanas, el carácter de infalibilidad que suelen atribuirse los profesores. A los ojos del vulgo parece que poseen el derecho natural en virtud de la autoridad que les dan los años y los estudios anteriores. Los niños, viendo la figura grave de su padre o del que le reemplaza, están dispuestos a inscribir en su memoria la palabra solemne que va a salir de su boca: así suministran un terreno muy favorable a la fe cándida y espontánea que tanto agrada a los maestros; así se forma fácilmente una especie de religión cuyos pontífices se tienen por maestros de la verdad. A su infalibilidad personal se juntan otras que, según los diferentes países, los cultos y las clases, dan a la primera una consagración más alta. Las enseñanzas cambian, pues, al otro lado de cada frontera, hasta el punto de ser absolutamente opuestas las unas a las otras. Patrias, religiones, castas, tienen sus supuestas verdades que son el punto de partida de toda la educación, la clave de la bóveda de todo el sistema. Pero la evolución general que aproxima a los hombres borrando cada vez más los conflictos de razas, de ideas y de pasiones, tiende a igualar también los métodos de enseñanza, atenuado por grados su carácter despótico, dejando al niño una mayor iniciativa.

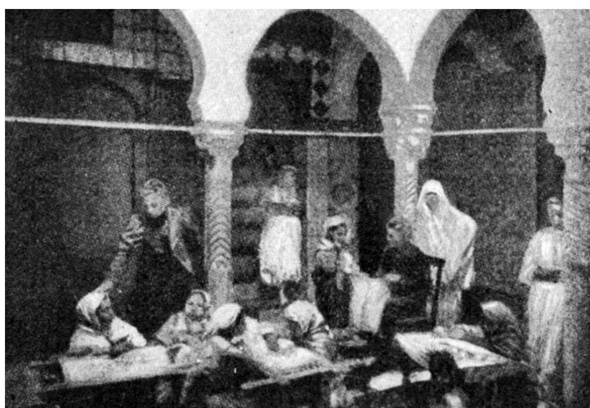
El arte de la educación, como todas las demás artes, es de invención pre-humana. En todas las conquistas del ingenio, el hombre ha sido precedido por los animales, y ha seguido falsa vía siempre que se ha separado del ejemplo recibido. La educación, tal como se comprende por nuestros "hermanos inferiores", ha conservado su carácter normal, eficaz, en

tanto que entre los humanos ha degenerado frecuentemente en pura rutina y a veces ha obrado en sentido inverso de su objeto: no es raro que se convierta en verdadero embrutecimiento. Una avecilla enseña graciosamente a sus polluelos el arte de huir de sus enemigos y de proporcionarse el sustento; después, gorjeando le recita lo que podríamos llamar los "aires nacionales", le enseña a sostenerse en el vacío aparente, le hace remontar su vuelo a distancias cada vez mayores de su cuna natural, y cuando ya nada puede enseñar a su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, en destreza y en inteligencia, se retira, abdicando de su función de educadora. Los animales en contacto con el hombre, como el zorro, el perro y el gato, dirigen sus crías ejercit en saltos y en juegos de fuerza y agilidad en los momentos en que los tiernos animalillos tienen a su disposición un excedente de energía que derrochar.[1]

Pero esa excedencia de energía se emplea siempre de la manera más seria, aunque con todas las demostraciones de la alegría, porque los juegos tienen por objeto, consciente entre los padres, aunque inconsciente entre los hijos, acomodarlos a todas las obras y a la conducta de la vida que va a comenzar pronto con todo el séquito de trágicos peligros. Según la clasificación de Groos,[2] los juegos consisten en el examen de las cosas, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza a la presa viva, muerta o imaginaria, la lucha, la construcción de las cabañas, la investigación de las actitudes y de las acciones de los adultos, que para la especie humana se refleja principalmente en los cuidados que se le aplican a la muñeca como símbolo del hijo futuro: lecciones todas que son para los pequeños un ensayo de la vida.

1. Herbert Spencer.
2. Karl Groos, *Die Spiele der Thiere.*

Tal es la educación entre los primitivos. Los niños permanecen cerca de los padres, de quienes imitan el lenguaje, los ademanes y las acciones, haciéndose hombres sobre el modelo del padre, mujeres sobre el de la madre, pero siempre en plena naturaleza, en el mismo círculo de trabajo que habrían de ocupar cuando los viejos ya no existan. Todo progreso depende de su propio genio, de su más estricto talento de adaptación al ambiente que han de utilizar para la



Escuela de niñas en Túnez

conquista del bienestar. La escuela es para ellos lo que fue para los Helenos libres, la hora del recreo y del reposo para los padres, el descanso de la tarea diaria, y, por extensión, el período de las agradables conversaciones, de la amistad que reconforta, del paseo en que se hace exposición de las ideas. Pero en aquella época de la civilización, las exigencias rompían ya la unidad primitiva de las familias y obligaban a colocar los hijos bajo la dirección de educadores especiales. Así nació la escuela. A lo menos el contraste que presentaba el tratamiento de los escolares en los diferentes países indica

qué naciones se hallaban en un periodo de progreso y qué otras en una vía regresiva. Las esculturas y los cánticos representan a los niños griegos jugando, danzando, coronándose de flores, mirando gravemente a las mujeres y a los ancianos, en tanto que los documentos egipcios muestran con insistencia el palo que el maestro hacía resonar sobre las costillas del alumno. También usaba el vergajo el educador hebreo, y de él, por mediación de los libros "santos", nos viene el dicho



Escuela de niños en Túnez

tan funesto para tantas generaciones de niños: "Quien bien ama, bien castiga".

Durante el periodo histórico actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, se emplean a la vez todos los métodos de educación. La mayor parte han admitido por punto de partida que el maestro reemplaza a los padres, especialmente al padre, que le delega todos los poderes como director, maestro y propietario de su hijo: la sociedad, representada según la lucha de los partidos, sea por la Iglesia, sea por el Estado

laico, se considera también como propietaria del alumno y manda que se le enseñe según el uso a que se le destine en el curso de su vida ulterior. Al fin, apoyada sobre las reivindicaciones espontáneas de los mismos niños, comienza a vislumbrarse la idea de que son seres iguales en derechos a las personas mayores y que su educación ha de corresponder, no a la voluntad del padre, ni a las exigencias de la Iglesia o del Estado, sino a las conveniencias de su desarrollo personal. Débiles y pequeños, los niños son por eso mismo, sagrados para los mayores que los aman y los protegen. Las escuelas, escasas aún, en que ese principio de la pedagogía se practica estrictamente, son lugares de alegre y fructífero estudio, merced a esa "reverencia extrema" a que el niño tiene derecho y le profesan sus maestros. Pensando en las escuelas en que fueron torturados la mayor parte de los hombres de nuestra generación, todos podemos repetir la palabra de San Agustín: "Antes la muerte que la vuelta a la escuela de nuestra infancia".

A cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la educación, conforme a los intereses de la clase dominante. Las civilizaciones antiguas fueron monárquicas o teocráticas y su supervivencia se prolongó en las escuelas, porque, en tanto que en la vida activa del exterior los hombres se desprenden de las opresiones antiguas, los niños, relativamente sacrificados, como las mujeres, en razón de su debilidad, han de sufrir por más tiempo la rutina de las prácticas antiguas. El tipo de nuestros manuales de educación existe hace ya miles de años, y se repiten aún casi en los mismos términos los preceptos "moralizadores" que en ellos se hallan. "¡Obedecer!" tal es en el fondo la única moral provocada en un libro del príncipe Phtah-Hotep, redactado, quizás solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos, conservado en

la Biblioteca Nacional de París. En obedecer para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan, consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo príncipe autor se ofrece como ejemplo: “Así he llegado a la ancianidad en la Tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo mi deber con el rey en el lazo de su gracia”, que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en la boca de Dios: “Honra a tu padre y tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da”.

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce a confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad de juicio relativamente a la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar a sus hijos la educación tradicional de castración y sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo. No reconocerlo así equivaldría pedir para el verdugo la libertad profesional de cortar cabezas, para el militar la libertad de atravesar a bayonetazos chinos o huelguistas, para el magistrado la libertad de enviar caprichosamente hombres a presidio. La libertad del padre es de ese mismo género cuando dispone absolutamente de su progenie para entregarla al Estado o a la Iglesia: en ese caso, la mata, o, lo que es peor, la envilece. En su amor ignorante es el enemigo más funesto de los suyos.

En sus relaciones sociales con sus semejantes, los hombres libres no pueden admitir en el padre un propietario legítimo de su hijo y de su hija, como desde Aristóteles a San Pablo y desde los padres de la Iglesia a los Padres de la Constitución

Americana, se consideraba al amo como poseedor natural del esclavo. Los confesores de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y ante todo contra el padre. No hay duda de que esta solidaridad colectiva del hombre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por eso deja de ser un deber social, porque no hay término medio: o se es campeón del derecho o cómplice del crimen. En esta materia, como en los demás asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia o de la no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres a los opresores y a los ricos.

Algunos educadores comprenden ya que su objetivo consiste en ayudar al niño a desarrollarse conforme a la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación, sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor a la fuerza ni cebar el animal o la planta dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática, ni la literatura, ni la historia universal, ni el arte pueden todavía interesarle; sólo puede comprender estas cosas bajo una forma concreta: la feliz elección de las formas y las palabras, las relaciones y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco a poco lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será tiempo de hacerle estudiar su lengua, de mostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y artísticas; entonces se adueñará de las ciencias de una manera diferente a la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios,



Cl. P. Sellier.

El titiritero en la Mandchuria

la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades intelectuales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males.

El amor y el respeto del maestro al niño deben prohibirle en su trabajo de tutela y de enseñanza el empleo del procedimiento sumario de los antiguos déspotas, la amenaza y el terror: no tiene a su disposición más fuerza que la superioridad natural asegurada al educador por el ascendiente de su estatura y de su fuerza, su edad, su inteligencia y sus adquisiciones científicas, su dignidad moral y su conocimiento de la vida. Ya es mucho, siempre que el niño conserve el pleno dominio de sus facultades, y no se disminuya por el exceso de trabajo.

Admitido que la educación es una colaboración entre el alumno que se presenta con su carácter propio, sus hábitos y costumbres particulares, su vocación especial, y el profesor que quiere utilizar esos elementos para la obra de desarrollo intelectual y moral que emprende, éste debe conocer a fondo cada uno de sus discípulos, y, a la vez que practica la más equitativa imparcialidad, empleará diversos procedimientos con cada individuo. Su clase contendrá pocos individuos, no pudiendo ser estos numerosos más que en los coros, los ejercicios gimnásticos, los paseos y los juegos.

Son, no obstante, indispensables algunos camaradas en los estudios serios, porque la iniciativa individual necesita ser solicitada por el espíritu de imitación. Lo que se llama la emulación es, por su lado bueno, la necesidad natural de imitar al compañero, de saber lo que sabe, de igualarle en todo. La mayoría de los alumnos aprenderán a costa de grandes esfuerzos si hubieran de estudiar solos, sin amigos que les animaran espontáneamente por la voz, el gesto, la mímica: la

manifestación de la vida de otros suscita la vida en ellos mismos; aprenden por los ejemplos más que por los hechos con que enriquecen su memoria; se forman cierto método que les acostumbra al orden en el trabajo, y se ingenian en disciplinar sus esfuerzos, en prepararse para la práctica de la ayuda mutua que será la parte más útil de su existencia. Una buena educación, presupone, pues, un grupo de niños bastante considerable para que puedan entregarse a obras comunes, empresas alegres y vivamente acabadas.

¿De cuántas unidades se compondrá ese grupo? Algunos teóricos de la enseñanza han querido limitarle a ocho, número que les parece representar una armonía natural, un ritmo de distribución fácil que se reproducirá en el conjunto del trabajo (Barthélemy Menn); pero la vida, cambiante siempre en sus fenómenos, no se acomoda a esos arreglos dictados de antemano: hay ciertamente ventaja en modificar las condiciones de la escuela según los individuos y los medios. Lo importante es que los condiscípulos no formen una agrupación desordenada donde el individuo no fijara la solícita atención del maestro, sino que constituyan, por las alegrías del trabajo y de la diversión, una verdadera familia. El educador ha de ser a la vez el padre y el hermano, poniendo su propio cerebro en comunicación con los cerebros de los niños, apreciando claramente el estado de sus nociones conscientes e inconscientes, solicitando de aquellas cabecitas un trabajo del pensamiento correspondiente al suyo propio y conduciéndolas así a la comprensión de la verdad y a la dicha de la acción.

Comparada esta educación de la gran familia, en que los niños, frecuentemente entregados a sí mismos, toman, por sus relaciones entre sí, como un gusto anticipado de la vida exterior con sus conflictos y sus amores, con la del niño aislado, objeto exclusivo de las atenciones del padre y de la

madre, resulta éste un ser realmente desheredado, le falta la colaboración de los compañeros, sus iguales, alternativamente amigos y rivales. Los padres, por su mismo afecto, no fueron para él más que profesores de egoísmo: a los veinte años, cuando el joven entre en la vida, esperará que el universo entero venga a rodear su preciosa persona.

En los primeros años es cuando conviene principalmente no aventurarse en falsas vías. Los profesores, escogidos por las escuelas primarias a fin de "instituir" hombres y mujeres, deberían ser los mejores, a la vez los más rectos y los más amables, para que los niños prosperen a su lado en salud física y moral. Con ellos nada de trabajo excesivo, es decir, de desprecio del cuerpo, herencia del antiguo cristianismo, que, en nombre de un alma superior ejercita a los individuos en el trabajo forzado, sin ningún cuidado de las necesidades de la vida material; pero nada tampoco de perder el tiempo en paralizaciones y desviaciones, nada de vacilaciones en la marcha regular de la enseñanza y de la conducta. Rechácense las lecciones de pura forma, una simple repetición de los libros, como, por ejemplo, el recitado del catecismo y otras palabras que no cuestan ningún esfuerzo, hasta el punto de no causar la menor elevación de la temperatura frontal.[3] Fortuna que sea así para el estudio de la religión, porque, tomado en serio, espantaría la idea de un Dios vengador. Como dice elocuentemente Tolstoi,[4] el mayor crimen que puede cometerse con el niño, es aquel de que casi todos los padres y maestros se hacen culpables, consiste en comenzar la escuela por la representación aterradora de un ser, principio de las cosas, esencialmente caprichoso, infinito y feroz; personaje que, después de haber creado al hombre susceptible de cometer

3. Samsonov, *Jizn*, Diciembre, 1899.

4. *De l'Education Religieuse*, "Revue Blanche", 15 Septiembre 1900, pp. 102 y siguientes.

el pecado original, castiga ese pecado con un sufrimiento eterno. Si el niño imagina vagamente que los hombres han de ayudarse con reciprocidad en el camino de la dicha y rechaza la bárbara enseñanza que se le da, sus ideas no dejan de quedar perturbadas, vacilantes, y la doble vía moral que se le hace, le acostumbra a la hipocresía del lenguaje.

A semejanza de aquellos que, por miedo a las revoluciones, ponderan los efectos de la paciencia y lo "ilimitado del tiempo", podría esperarse todo de la escuela por el ejercicio futuro de la libertad; pero sería olvidar que la educación tiene a veces un carácter regresivo, y que la mayoría de las escuelas son, tanto por el programa que se les ha dictado, como por el espíritu y las tendencias de los hombres que las dirigen, centros rutinarios o hasta reaccionarios, en los que, por repeticiones imbéciles o hasta por una enseñanza perversa, se organiza de antemano un ejército, o al menos una multitud hostil al progreso. Hay escuelas que realizan el ideal de contrarrevolución de que están animados sus fundadores; los niños aprenden en ellas a hacer signos de cruz y genuflexiones, a murmurar oraciones que no comprenden y a practicar costumbres de esclavos. Dedicados al trabajo en cuanto hacen su primera comunión, ya no saben leer y apenas pueden escribir su nombre cuando llegan a su mayor edad, siendo toda su vida carne de Iglesia.

Sin embargo, la evolución gradual de las ideas, que, alejándose del antiguo régimen, dejan aún subsistentes preocupaciones tenaces y formas y hábitos mentales defectuosos, ha dado origen a una educación bastarda, de efectos entremezclados y contradictorios.

En su pobre enseñanza, el cura cristiano tenía la ventaja de una cierta lógica concordante con las místicas creencias y las necias adoraciones; pero el maestro no tiene ya la fe, y, forzado, según la expresión adoptada, a "echar a Dios de la



Una escuela de negritos

escuela", continúa plegándose a los métodos inspirados por el dogma católico y monárquico. Hablando en realidad el antiguo lenguaje y sirviéndose de los mismos procedimientos de instrucción y de pretendida moralización, reemplaza a Dios por otro Dios, la Ley o la Patria, que representan la bandera y otros símbolos. Si esa nueva divinidad se tomara en serio por los niños, su horizonte moral se estrecharía singularmente, porque la patria no es más que un estrecho girón de tierra, considerado generalmente como rodeado de enemigos, en tanto que la idea de Dios respondía, para las almas tranquilas y sencillas, a una justicia ultraterrena.

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre, no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza. Lo que en nuestros días es considerado en las escuelas como fiestas excepcionales, paseos, carreras en los campos, en los eriales y los bosques, en las orillas de los ríos y en las playas, debería ser la regla general. Porque únicamente al aire libre se hace conocimiento con la planta, con el animal, con el trabajador y se aprende a observarles, a formarse una idea precisa y coherente del mundo exterior. ¡Cuán tímidamente entran en esta vía padres y educadores! ¡Y cuán beneficioso, no obstante, sería combinar la salud física y la salud moral por el trabajo alegre en el campo, en pleno aire libre!

En Coupray (Sena y Marne), los niños de la escuela se habían constituido en sociedad ornitófila, y en 1898 protegían 570 nidos de pájaros contra lirones, comadrejas, ratas y ratones.[5] En el Jura, los escolares de Quinquétral, cerca de Saint-Claude, se habían propuesto la replantación del arbolado de las pendientes asoladas por las lluvias torrenciales, y con legítimo orgullo mostraban sobre las vertientes de las

5. *Revue Scientifique*, 13 de febrero 1899, p. 128.

inmediaciones los 15.000 árboles que habían plantado y que protegían muchas praderas contra la destrucción que ocasionan las aguas malas.

Esos trabajos útiles en plena naturaleza, que contienen los rudimentos de los oficios que practicaron los primitivos y se desarrollaron después en una industria poderosa, las obras de arquitectura, de escultura y de dibujo, que tanto agradan a la generalidad de los niños y a las que se refieren al arte de la escritura y de la lectura; por último, el canto, la danza, la mímica, las bellas actitudes rítmicas, tal es el conjunto de las ocupaciones que deben preparar el niño a la serie de los estudios ulteriores destinados a hacer de él un hombre. Añádase lo que se puede aprender de matemáticas trazando figuras sobre la arena, porque la geometría y el álgebra son admirables medios para dar una forma lógica al pensamiento y a sus expresiones: el que aprende a medir las dimensiones se instruye también en el arte de encadenar sus razonamientos y de regular sus palabras. En cuanto a los estudios especiales que vendrán en los años de adolescencia, variarán según los individuos, porque conviene que la enseñanza se adapte a cada naturaleza particular y la dirija en conformidad a su vocación personal. Sin embargo, ningún alumno debe quedar sin adquirir "claridades de todo", para que halle su alegría en todos los progresos de la ciencia y del arte y pueda siempre tomar parte activa en las conversaciones con sus compañeros sobre los trabajos que especialmente les interesen. Ya que es imposible saberlo todo, al menos cada uno aprenda lo que le conviene, y que aprenda con método, en sus relaciones con los conocimientos inmediatos y derivados.

En las discusiones pedagógicas modernas se ha dado una importancia capital a una cuestión que hubiera quedado entre las más sencillas si se hubieran seguido las indicaciones de la Naturaleza. Los niños que nacen bajo la tienda son

educados juntos, niñas y niños; toda la juventud de la misma aldea o del mismo clan se inicia y desarrolla en la vida por los trabajos, por las diversiones en común; la "coeducación", es decir, la enseñanza de todos los niños de ambos sexos, suele hacerse sumariamente, pero sin que parezca necesario separar los niños para enseñarles una misma práctica de oficio o inculcarles una antigua leyenda en los mismos términos. La "bifurcación" de la escuela primitiva, en que todos los



Escuela Laplace
Continuadora de la Escuela Moderna, de Barcelona, después de su clausura.

adultos del lugar tenían su puesto, no se producía hasta la época de la pubertad, cuando los efebos y las adolescentes se preparaban a las pruebas que habían de darles entrada, a los unos en la sociedad de los hombres, a las otras entre las mujeres y las madres de familia; pero entonces, la claustración de la joven, preludio del servilismo que la esperaba en la familia, solía poner término a toda enseñanza: la apropiación separaba a la mujer de la sociedad.

También en virtud del principio de la dependencia de la mujer relativamente al padre y al esposo, en la mayoría de las naciones modernas se ha establecido la práctica de educar las niñas separadas de los niños; lógicamente se les preparaba a su subordinación, y la enseñanza que se les daba era siempre adulterada con mentiras y argucias. Se había convenido en que los hombres necesitaban precisión, y las mujeres cierta frivolidad, más supuesta moral. Pero comprendido el respeto debido a la ciencia y el derecho de todos a conocer la verdad pura, no hay ya razón plausible para la diferencia de alimento intelectual para ambos sexos. Además, las jóvenes han forzado las puertas de las universidades al lado de los jóvenes; por otra parte, una larga práctica ha consagrado a la educación en común de los niños de corta edad en las escuelas maternales, y la coeducación en la escuela primaria apenas suscita objeción. Únicamente en los países latinos se persiste en conservar la segunda enseñanza para cada sexo. Como ejemplos, tenemos, por una parte, las escuelas mixtas de Finlandia, de Escandinavia, de los Estados Unidos, de Escocia y de Holanda; por otra, los liceos franceses, cuyo tono moral es bastante bajo. Unos quieren ver en esto una diferencia étnica, otros la prueba de la superioridad de la coeducación. Las escasas escuelas de Francia y de España,[6] en que los niños de ambos sexos se educan juntos con perfecta solicitud, demuestran que la comunidad de los estudios y de los juegos crean una atmósfera propicia al desarrollo normal de las funciones durante la crisis de la pubertad.

De la aproximación de los sexos en un mismo medio de estudio resulta que la ignorancia mutua y la hostilidad

6. El autor alude a la Escuela Moderna de Barcelona, fundada por Francisco Ferrer, inaugurada en Septiembre de 1901 y clausurada arbitrariamente en 1906, dejando instituida la enseñanza racionalista y la coeducación de los sexos.

forzada entre hombres y mujeres se atenúan gradualmente; el abismo abierto en otro tiempo por las maldiciones de la Iglesia se colma poco a poco, y la diferencia de evolución de un sexo al otro disminuye a medida que el tesoro común de riquezas científicas llega a ser propiedad de todos; se verifica una especie de nivelación entre estudiantes y estudiantas, en tanto que la diferencia ética de sexo a sexo queda mucho más marcada entre el joven no sometido a la dirección de sus padres y la joven dejada al lado de su madre para cuidar sus hermanitos y atender a las obligaciones de la casa.

Otros hechos de orden demográfico-sociológico contribuyen a libertar a la mujer y a permitirla también asociarse más fácilmente al hombre para los estudios y el género de vida. Ante todo, la función por excelencia de la mujer, la educación materna, disminuye en dificultades físicas y en fatigas, gracias a una higiene general mejor comprendida y a la ayuda mutua. En la mayor parte de las tribus llamadas salvajes, la lactancia de los hijos dura años; entre los civilizados se hace en gran parte —lo que no siempre es un progreso— por medios artificiales. Además disminuye, y debe forzosamente disminuir, el número de hijos, por haber reducido la higiene la cifra de la mortalidad en todas las comarcas de Europa y países que gravitan en su rededor. Todavía en el siglo xviii se podía esperar la muerte para la mayoría de los recién nacidos; en nuestros días la mayor parte de ellos se libran de las causas de muerte, y la mujer, por consiguiente, se encuentra proporcionalmente aliviada en sus funciones reproductivas.[7]

Después de haber sido enseñados y dirigidos en sus diez o quince años preparatorios, los jóvenes, lo mismo los que se desarrollan libremente, que los desgraciados a quienes se acostumbra a repetir palabras aprendidas de memoria bajo

7. Léopold Bresson, *Les Trois Evolutions*, p. 57.

la vigilancia de un maestro que regaña y castiga, todos esos adolescentes llegan al período decisivo en que se les declara "hombres hechos".

Entre la mayor parte de los primitivos, los jóvenes se honraban sufriendo durísimas pruebas para atestiguar su fortaleza en el peligro y su vigor y su destreza en los juegos y trabajos. La iniciación era muy grave y duraba a veces días, y aún semanas y meses, habiendo de soportar con semblante risueño verdaderos tormentos. Unas veces se exponía el cuerpo del supliciado a la picadura de las hormigas, a las heridas del puñal o del cuchillo, a la escarificación con hierbas venenosas; en otras se arrancaba a la joven parte de su cabellera, pelo a pelo, o se apaleaba al joven héroe hasta dejarle en el suelo sin conocimiento, o se le producía una embriaguez frenética por alguna bebida venenosa. Con frecuencia se acompañaban las ceremonias con prácticas religiosas, tales como la circuncisión, y en ocasiones la vista de la sangre impulsaba a los oficiantes a actos de verdadera ferocidad. En muchas tribus coincidían las tribus de los jóvenes con expediciones guerreras; lo mismo que en las naciones de Europa, el derecho a la virilidad se adquiría por las luchas cuerpo a cuerpo y las matanzas. Sabido es que los Sayaks corta-cabezas no hallaban mujer que les siguiera si no le prestaban el cráneo sangriento de un hombre muerto en combate o sorprendido en una emboscada. La prueba del valor y del sufrimiento solía hacerse como preliminar del matrimonio, por ejemplo entre los Koriaks del Kamtchatka, que recibían al novio a palos: si recibía la paliza sin quejarse y con aire satisfecho, se reconocía en él un valiente, capaz de soportar con la paciencia necesaria las penas de la vida y se le dejaba penetrar en la cabaña donde le esperaba la novia.[8]

8. A. S. Bickmore, *American Journalof Science*, Mayo 1868, p. 12.



Gran festival
Celebrado en Barcelona por las escuelas racionalistas
en 29 de junio de 1905 por iniciativa de la Escuela Moderna.

Los exámenes y los concursos de las grandes escuelas no son otra cosa que una transformación de las antiguas pruebas; pero en realidad, atendidas las proporciones, esas pruebas modernas han perdido la sinceridad primitiva. Las brutalidades de la concurrencia vital, la necesidad para los jóvenes de ganar su vida todo lo rápido posible; por último, la tonta vanidad que impulsa a los padres a querer para su progenitura un rápido avance en los estudios, tienen por consecuencia un método de instrucción prematura, superficial o hasta completamente falsa. Miles y miles de candidatos tratan de simplificar su trabajo aprendiendo de memoria las fórmulas de su manual, diciendo y repitiendo frases dichas delante de ellos por profesores célebres y amontonando en la memoria definiciones secas, faltas de color y de vida. Saben palabras y palabras y todo ese fárrago se interpone entre su mente y la verdad. Los formularios y extractos les han hecho aborrecer los libros y más aún la Naturaleza; los programas limitan la inteligencia, los cuestionarios la aniquilan, los compendios la empobrecen y las frases hechas acaban por matarla completamente. Desgraciado el joven dotado de una comprensión excesivamente fácil, todo superficie, que se exhibe a la admiración de los tontos. Es un peligro capital comprender demasiado pronto, sin dificultad, sin esfuerzos ni largo trabajo de asimilación. Se arroja negligentemente el hueso que otro ha sacado “la substanciosa médula”; se produce la indiferencia, el hastío, el desprecio por las cosas más bellas; la falta de estudio personal mata la iniciativa, quita a la palabra y a los actos toda originalidad.

La mayor parte de la enseñanza se hace hoy día con la mira del examen, y no puede ser de otro modo, puesto que del examen dependen las plazas, las posiciones oficiales y sociales. ¿Domina la Iglesia en un país? Pues el estudiante ha de probar por argumentos y ejemplos escogidos cuán legítimas

y santas son todas las reivindicaciones clericales. ¿El jefe del Estado o el Estado abstracto han llegado a ser objeto de adoración religiosa? Pues es preciso hacer que todo se le pida, que todo se desee de él, logrando que todo converja hacia él. Las ideas y los caprichos son sagrados: Napoleón hizo de la Universidad una inmensa escuela de obediencia a su persona; bajo el reinado de Alejandro III, los profesores de historia rusa tenían la obligación de demostrar por los testimonios del pasado "la verdad y el valor intrínseco de la autocracia". Hasta las cuestiones científicas son resueltas arriba: "¡El emperador lo quiere así!". En 1841, Nicolás I decretó como "verdad científica" la identidad étnica de los Grandes Rusos, de los Pequeños Rusos y de los Rusos Blancos, a fin de transformar en una herejía de ignorancia toda veleidad de separatismo.[9]

Los estudiantes están, pues, advertidos: no para saber entran en las grandes escuelas, sino con la esperanza, frecuentemente con el único deseo, cínicamente declarado, de subir los escalones que conducen a la fortuna. Así es como los exámenes toman ese carácter extraño a la ciencia, puesto que la ciencia sirve de pretexto para la obtención de una estampilla oficial; el estudiante, una vez obtenido el diploma, libertado repentinamente de un trabajo que odiaba, se cree con derecho a la pereza. En su principio el examen fue una cosa muy diferente y debe restablecerse en su virtud primera en todas partes donde el amor a la ciencia es real y donde importe saber y no parecer que se sabe. La enseñanza de los filósofos griegos, tal como nos los refieren los "Diálogos" de Platón, no consistía en realidad más que en una conversación permanente del estudiante con su propio yo, en un examen continuo del pensamiento por el pensamiento bajo la

9. K. Tarassof, *La société Nouvelle*, Septiembre 1895, p. 330.

evocación de un Sócrates o de otros buscador de la verdad. Entonces, tratándose ante todo de un "conocerse a sí mismo", ese examen incesante era necesario al hombre que estudia; ¿cuánto más indispensable es ahora, que se trata de "conocer la Naturaleza", de la que cada individuo no es más que una simple célula? Así el joven que vive su enseñanza debe interrogarse y responderse incesantemente, con toda probidad y sinceridad. Compárense con este examen personal las formalidades usuales de recepción en el mundo de los calificados y resultarán bien poca cosa: el estudiante podrá sufrirlos con una conciencia tranquila despreciándolos un poco; considerándose altamente superior, le bastará mentalmente a las preguntas casi siempre incoherentes del examen la unidad que necesariamente les falta. En ello consiste la dignidad del estudio.

Pero si el estudiante, lleno de palabras amontonadas en su memoria, no tiene otro mérito al fin de curso que responder a las preguntas como un eco más o menos fiel; si teme tener personalidad propia y responder lo que los profesores momificados calificarían de herejías o de "paradojas", es decir, según la etimología de "opiniones fuera de la enseñanza", podrá uno preguntarse cuál ha sido la razón verdadera de los largos años de escuela, y se hallarán, casi con certidumbre, que esa razón fue la ambición de la posición brillante y del dinero. El candidato no es más que un "carrerista", un aprendiz industrial que trata de retener fórmulas lucrativas para la fabricación del oro. ¡Triste y vergonzosa "piedra filosofal!"

Habiendo llegado a ser actualmente por el mismo funcionamiento de la sociedad, la posesión del oro el objetivo casi fatal del juventud, es difícil imaginarse cuán bellos podrían ser los lugares de estudio, donde el amor al conocimiento y la ciencia de la vida fuesen las únicas ambiciones, puesto que el bienestar estaría asegurado de antemano. En primer lugar es

cierto que los grupos se estudiantes serán cada vez más móviles y que, por consiguiente, estarán cada vez menos ligados a la residencia universitaria, la cual, por sus laboratorios, sus colecciones y su biblioteca, constituye el centro necesario



Un té en el «Summer Meeting» de Edimburgo
Representantes de siete u ocho nacionalidades reunidos en la terraza del *Outlook Tower*, en Edimburgo.

de sus investigaciones. Así como ciertas escuelas de niños, pocas todavía, van durante la bella estación a la descubierta de sitios curiosos o de ciudades interesantes, así también algunos grupos de estudiantes, numerosos a veces, se reúnen para verdaderos viajes de estudio, en las regiones mineras o en las comarcar que ofrecen gran interés geológico, o en los países curiosos por sus plantas, sus animales, sus artes y sus costumbres. Se han visto estudiantes americanos que fletaban un barco para estudiar durante meses la naturaleza de la costa africana.

En un círculo más reducido, los *Summer meetings* de Inglaterra y de los Estados Unidos, donde profesores y alumnos se reúnen como buenos compañeros, son también verdaderas Universidades ambulantes. Según el interés científico que presenta tal o cual sitio, los recuerdos de la historia o las cuestiones más apremiantes del tiempo, se celebra sesión en un bosque, a la orilla del mar, en una fábrica o sobre la terraza almenada de un antiguo castillo. Los "peripatéticos" de los tiempos pasados se paseaban bajo las columnatas o en los paseos de un jardín; los de nuestros días tienen más ancho campo, gracias a la facilidad de las vías de comunicación, y pueden ir de país en país; en un perjuicio, si viajan sin método, a la casualidad y sin estudio profundo, pero con gran ventaja si viajan verdaderamente para aprender, para considerar la Naturaleza y todas las obras del hombre como gran campo de observación, si interrogan la Tierra, la escrutan directamente, sin detenerse a verla a través de las descripciones de los libros que la falsean.

Hasta fuera de la Naturaleza propiamente dicha, en los edificios cerrados, el estudiante procede siempre por la observación precisa, sobre todo el que tiene el hombre por asunto especial de investigación. Aprenderá a conocer los seres vivientes en sus orígenes y en su vida presente con las mil alternativas de la salud, de la enfermedad, de la decrepitud y de la muerte. Aparte de todos los libros, que el tiempo envejece, ellos constituyen los libros por excelencia, los libros siempre vivientes, a los que, para el lector atento, se unen incesantemente cada vez más bellas páginas. Y no es esto sólo, el lector se transforma en autor: gracias al poder de la magia que le da la experiencia, puede suscitar cambios a la voluntad en la naturaleza ambiente, evocar fenómenos, renovar la vida profunda de las cosas por las operaciones de laboratorio, convertirse en creador, por decirlo así,

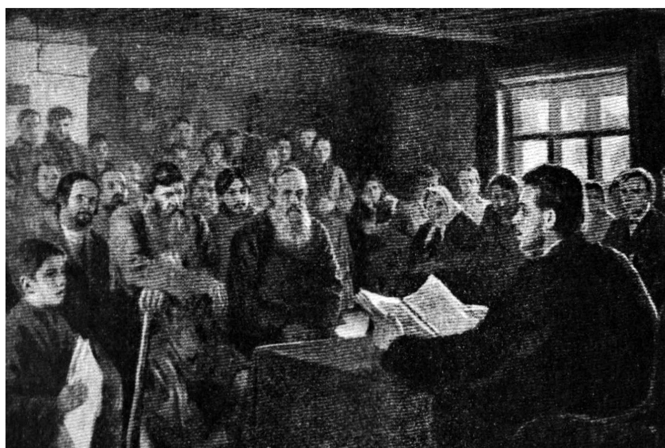
transfigurarse en un Prometeo portador del fuego. ¿Qué palabra impresa, bien aprendida de memoria podrá jamás reemplazar para él los actos verdaderamente divinos?

Y aun puede hacer más si la amistad de otros compañeros de labor multiplica sus fuerzas. Las conversaciones serias con los compañeros de estudio, buscadores de verdad con él, le elevarán y afinarán, le adaptarán a todos los ejercicios del pensamiento, le darán osadía y sagacidad, enriquecerán al infinito el libro de su cerebro y le enseñarán a manejarle con perfecta facilidad. Sus amigos particulares, sus inmediatos compañeros de estudio no son los únicos a quienes podrá dirigirse, de quienes podrá apropiarse los conocimientos, el alma, por decirlo así; no siendo ya la ciencia un privilegio, un "sacerdocio" ejercido por algunos, tendrá por colegas y por iniciadores todos aquellos que, en el mundo de los sabios, en las Universidades o en otras partes, practican estudios paralelos. Ya en todos los países de Europa, y particularmente en Inglaterra, se ha establecido la costumbre de interrogarse por correspondencia, cartas o periódicos, sobre todos los asuntos del saber; desde el campesino que roba una o dos horas al descanso para estudiar en su granja, hasta los sabios ilustres del Museo británico, se ha formado como una liga fraternal para el cambio de las observaciones y de las ideas, en el cual no siempre el hombre rodeado de gloria da palabras de más valor. ¡Qué diferencia entre las ciencia libre, fundada en tan bello compañerismo, y la ciencia puesta al servicio de la industria y del lucro; por ejemplo, en esas fábricas, alemanas principalmente, donde hay químicos que trabajan unos al lado de otros, en compartimentos cerrados, con prohibición de comunicarse mutuamente el resultado de sus análisis y en la ignorancia de la investigación final a que se dedican sus trabajos preliminares!

Lo que ha de pedirse a los estudiantes no son diplomas, sino obras. Dirigidos los estudios en el sentido del trabajo, y del trabajo útil, los jóvenes de ambos sexos habrán de manifestar lo que hayan hecho para colaborar en las empresas comunes de la humanidad. Del mismo modo que el salvaje primitivo debía probar que era hombre antes de ser considerado como tal, así como el obrero antiguo que aspiraba a maestro había de producir antes su obra maestra, así también todos los jóvenes comprenderán, si la opinión lo pide, que no podrán entrar a título de iguales en la asamblea de los fuertes sin dar pruebas de participación en trabajos serios de utilidad pública, sobre todo en aquellos trabajos que requieren entusiasmo y espíritu de sacrificio.

Los estudios técnicos especiales en Moscú, en Boston y en otras muchas ciudades han demostrado que se puede esperar maravillas del trabajo de niños y de adolescentes que trabajan con entusiasmo como amigos y como émulos. No hay fábrica, puente, ferrocarril ni locomotora cuya construcción no pueda confiarse a grupos de jóvenes que hayan estudiado durante algunos años en los talleres y al pie de la obra. La multitud de alumnas enfermeras de Londres muestran hasta donde pueden llegar los cuidados a los enfermos unidos al respeto de la dignidad personal. Si la enemistad, actualmente muy justificada, de los trabajadores y empleados que difícilmente ganan su vida en toda clase de trabajos no se opusiera al aumento de esa concurrencia desastrosa que les hacen los conventos, las cárceles y los depósitos de mendicidad, donde los empresarios disponen de una labor casi gratuita, no es dudoso que los millones de alumnos y de estudiantes ocupados en la actualidad casi exclusivamente en aprender de memoria lecciones recitadas podrían, con gran beneficio de su saber y de su salud, contribuir muy ampliamente a los preparativos y a la terminación de los trabajos necesarios.

Los regímenes políticos y sociales contemporáneos, basados en la propiedad privada y el salariado, prohíben que se disponga de esa fuerza prodigiosa que unas escuelas bien comprendidas tendrían en reserva, pero los hechos que se han producido ya excepcionalmente en distintos puntos, a pesar del sistema de educación impuesto, justifican ampliamente la confianza inspirada por la juventud a los precursores. Cuando no se retroceda ante el trabajo limitado de



La conferencia del domingo en Rusia

Cuadro de Bogdanoff-Bielski.

nuestros días por la necesidad de medir los salarios, nada impedirá explorar el globo en todos sus rincones, proceder a todos los trabajos de medidas y sondeos, hacer el inventario completo de todo el haber mundial, material e intelectual, acomodar el globo al ideal humano. La fuerza existe, sólo falta no temer servirse de ella. Pero de todas las ocupaciones, la más urgente, aquella para la cual se tiene más derecho a contar con el concurso de los jóvenes, es la obra de la educación de los niños, que les permitirá rendir a los

representantes de la humanidad futura el beneficio que ellos mismos han recibido de la generación precedente; ¿no serán mejor empleados los años que se dediquen a la enseñanza que los dedicados al servicio militar actual, empleado en el estudio del asesinato científico?

La educación no tiene valor, ni siquiera sentido, sino a condición de servir en la vida, después de la salida de las escuelas, y de continuarse para la conservación y el progreso de las fuerzas intelectuales. La cosa es relativamente fácil para aquellos cuya profesión consisten en la aplicación de las ciencias que han estudiado en la Universidad; sin embargo, el mayor número de esos hombres autorizados por sus diplomas a seguir una carrera científica, se entregan por la rutina a practicar simplemente su arte y no saben siquiera mantenerse al corriente de los progresos que se hacen en la ciencia de que son intérpretes oficiales, corriendo gran peligro de especializarse estrechamente en los trabajos que les procuran el pan o la fortuna. El médico, el jurista y el ingeniero, en el ejercicio de su oficio, descienden frecuentemente muy por debajo del límite de los exámenes que tan difícil les fue franquear la primera vez. Además, las condiciones actuales de la sociedad, determinadas por la conquista del oro, orientan la mayor parte de los hombres de ciencia hacia la adquisición de los bienes materiales, y ¿no se hace esta orientación en muchos casos a través de lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto? ¿Acaso recientemente, antes de la era de la antisepsia, no era la medicina oficial esencialmente mortífera, a pesar de sus exámenes y sus diplomas, y, en sus maneras de tratar las heridas, no había quedado muy inferior a la práctica de los curanderos despreciados a quienes se prohibía el ejercicio de la medicina so pena de multa y prisión? En tanto que éstos, conformándose con las prácticas de la ciencia antigua, empleaban los ungüentos preparados en caliente con

la terebentina y las maceraciones en vino y aguardiente, es decir, continuaban las prácticas de cierta antisepsia tradicional, los médicos de la facultad, sujetos a los preceptos de sus profesores, aplicaban sobre las heridas el cerato y las cataplasmas, fabricando así laboratorios de microbios que desarrollan la herida y determinan la muerte.[10] A centenares de miles, la ciencia oficial, en el siglo xix, mataba enfermos que los curanderos hubieran salvado.

Y, en otra profesión, la que debiera tener por resultado, por el estudio de la psicología de los hombres y de las naciones, un sentimiento de benevolencia universal, ¿no vemos a los más sabios juristas apasionarse por la persecución de los acusados, como lebreles que persiguen la caza? Necesitan víctimas y víctimas, y se muestran contentos y con la conciencia satisfecha cuando han logrado una sentencia de muerte, aunque sea contra un inocente.

No basta ser sabio para ser útil a la humanidad, o, al menos, el sabio desviado no hace obra buena más que de una manera indirecta, por transmisión de la ciencia entre los hombres. ¡Pero qué manantial inagotable brota de la roca árida en el punto favorable que ha sabido adivinar la varita evocadora! El hombre dichoso que enseña, o, mejor aún, descubre, es un padre; multitudes de jóvenes nacerán a su alrededor, y la inmensa familia se aumentará indefinidamente sin que siquiera conozca una escasa parte de los que haya hecho surgir a la existencia intelectual. ¡Cuán grande es la descendencia de un Bacon, de un Descartes, de un Aristóteles y de un Humboldt! Todos los hombres que estudian reciben de esos antepasados el alimento nutricio y a su vez lo transmiten a una descendencia innumerable. En parte alguna se manifiesta más triunfante la solidaridad que en el mundo de la

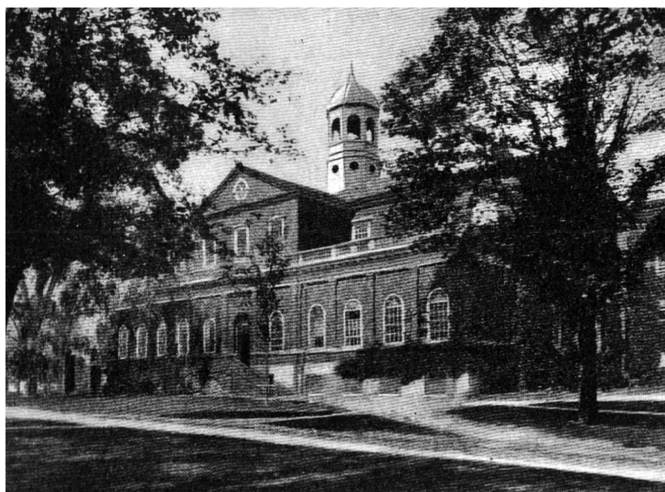
10. Emile Forgue, *Revue Scientifique*, Diciembre 1901, p. 776.

inteligencia, a través del espacio infinito y el infinito de las edades.

Pero en un siglo en que se proclama la igualdad de todos los ciudadanos, conviene que las alegrías del estudio y del saber no sean privilegio de algunos elegidos: no es raro ver que los hombres verdaderamente superiores por los conocimientos, y sobre todo por ese arte maravilloso de la palabra y del estilo que da tanto precio al pensamiento, lleguen hasta constituir con sus semejantes una especie de aristocracia delicada donde se disfruta con egoísmo, de finos goces intelectuales que permanecen incomprensibles para la multitud despreciada: todos esos pequeños cenáculos desaparecerán también, porque la ciencia no es forzosamente esotérica como en la época de las persecuciones y de los mártires: puede esparcirse libremente al exterior, y, por su misma naturaleza, trata de extenderse por todas partes. Aunque aconseje el proverbio "no echar perlas a los puercos", esta frase que de aplica con justicia al deber de la dignidad que el poseedor del conocimiento debe a su tesoro, las verdades que tiene la dicha de poseer no dejan de ser un patrimonio común del que es sencillamente el usufructuario y del cual gozará tanto más cuanto mayor sea el número de los que de él participen. Aun siendo solo, habría de manifestarlo con ardorosa pasión a las aves del espacio, a los astros, a la Naturaleza entera.

Conviene que la "ciencia del bien y del mal", lo mismo que la de lo verdadero y lo falso, objeto de la primera maldición religiosa, se extienda por toda la tierra y se distribuyan a todos los hombres en la medida de su buena voluntad y de potencia de adaptación. Sin duda, la realidad actual está muy por debajo del ideal propuesto: del mismo modo que la enseñanza integral, ofrecida a muchos, no suscita, sin embargo, más que un número relativamente corto de apasionados que se dedican con éxito al estudio, así también la

difusión universal del saber no penetrará sino por grados en las profundidades atávicas, que se acomodan penosamente a un nuevo medio, no sin dejar en él numerosas víctimas. No obstante, el nuevo instrumental existe y funciona cada día con mayor actividad y eficacia: cursos de adultos, técnicos y profesionales, conferencias diurnas y nocturnas, ejercicios y demostraciones, veladas teatrales, y, por último, universidades populares, nacidas en distintos puntos, en Inglaterra, en



Cl. A. G. Champagne

Universidad de Harvard, en Cambridge, cerca de Boston

América, en Francia, y tratando de apuntar como la fina ramilla de musgo en la sombría Rusia. Algunos doctrinarios de la ciencia antigua, tradicionalistas espantados de toda audacia juvenil, pueden afectar no ver en esas escuelas nacientes más que ensayos informes, condenados a perecer o a la sumo a vegetar miserablemente porque faltan a los alumnos de esas instituciones los estudios rudimentarios, es decir, el punto

de apoyo indispensable de todo conocimiento ulterior; pero entre ellos hay quien trabaja con pertinaz voluntad de saber realmente, de construir su edificio a partir de los cimientos y que triunfan en su obra. Las pruebas se presentan ya en gran número, y son muchos los candidatos que pueden colocarse con orgullo al lado de los buenos alumnos adiestrados en el estudio científico durante toda la juventud y comparar sus obras. Hasta se ofrece la duda de si las universidades populares osarán emprender vías inexploradas en que las universidades de la aristocracia del saber dudarían arriesgarse. ¿No se sentiría humillada la Soborna si uno de sus profesores se rebajase a dar unos cursos de esperanto?

Sin embargo, por importantes que sean o puedan ser las universidades populares, su influencia es casi insignificante en comparación de la que posee la prensa, es decir, la voz misma de la humanidad. El prodigioso descubrimiento de la imprenta tuvo durante el curso del siglo xix admirables consecuencias que nadie había previsto: esas "noticias diarias" de que algunos aventureros tuvieron idea desde la época del Renacimiento e intentaron su modesta realización de distintos puntos, en Italia, Alemania y Holanda, se publican actualmente por millones y millones de ejemplares en las calles de todas las ciudades, en las encrucijadas de todas las villas. Los diarios, alimentados de noticias por los hilos telegráficos tendidos en redes infinitas a través de las tierras y en las profundidades de los mares, aportan su conocimiento a quien quiere saberlas: en las aldeas más escondidas, allá donde los humanos de la generación precedente se contentaban con vegetar, egoístamente encerrados en el círculo estrecho de las ocupaciones diarias, aparece el repartidor de diarios, que ha llegado a ser tan necesario como el del pan; el colono y la criada le esperan a su paso por la puerta, en el cruce de los caminos, y es la hora alegre de su día aquella en que reciben

la hoja que contiene la novela comenzada y los hechos curiosos de la historia de las naciones. Verdad es que el alimento intelectual de que tienen necesidad los millones de lectores esparcidos por el mundo no es de un gusto superior ni rico en substancia, pero todo requiere su principio. La impresión justa es la de Zola, quien informado por unos amigos de la campaña organizada contra él en toda Francia por los diarios de mayor circulación, se alegraba pensando que los ignorantes de ayer se apasionan hoy por la lectura: si la hoja que se les lee en este momento propaga la mentira la de mañana dirá la verdad.

Ante todo apréndase a leer, y del caos de las frases entremezcladas, la crítica acabará por extraer lo que es bueno y saber conservar en la memoria para la conducta de la vida. Además, ¿cuántas obras verdaderamente buenas hay en este inmenso diluvio de impresos que cae incesantemente sobre el mundo, que traen consigo una enseñanza especial en el oficio de la profesión, o el eco de algo grande que constituye un elemento de progreso que brota de un punto cualquiera del globo hacia el individuo uniéndole al conjunto de la humanidad pensante?

La influencia absolutamente preponderante de la prensa y de todas las artes que la acompañan, grabados, fotografías y reproducciones de toda especie, es el resultado de cambios demasiado recientes para poder formarse idea de las modificaciones correspondiente que introducirá en la vida política y social de las naciones. Pero sean cuales fueran la vulgaridad, la puerilidad, el deseo de escándalo y el patriotismo hipócrita de la mayoría de las hojas diarias y de las revistas periódicas, es indudable que ensanchan el espacio intelectual alrededor de los lectores, arrancándoles de la estrecha villa, de los muros de la ciudad primitiva, y gradualmente se producirá aquel trabajo de eliminación por el cual el público,

deseando alimento más substancial, más en relación con los intereses generales, apartarán de la prensa las bagatelas que bastaban a su infancia. Evidentemente la invasión de este mar de conocimientos comunes a todos los pueblos se hará como la irrupción de un nuevo diluvio, llenando primeramente las regiones bajas, dejando islotes diseminados, pero la marea ascendente acabará por cubrirlo todo, y aunque la verdadera enseñanza se haga por la acción directa de individuo a individuo, el conjunto de la transformación intelectual, visto desde la altura, parecerá realizarse por grandes masas, por nacionalidades enteras.

Pregúntase si la omnipotencia de la prensa hará más todavía; si conducirá a todos los pueblos, sin quererlo y sin saberlo, a hablar una lengua común, para lo cual ha hecho en esta dirección una gran parte del camino: los telegramas incesantemente cambiados entre todos los países del mundo están redactados en un estilo conciso, rápido, lógico, fácil de comprender por todos, mediante la adopción de un repertorio de palabras previamente convenido. Los artículos que desarrollan esos breves despachos sufren forzosamente la influencia de ese estilo, siendo además redactados en su mayoría sin el cuidado de la belleza literaria, como sencillas ampliaciones cuya escritura apenas se aparta de las frases habituales, y en las cuales se suelen prescindir de las palabras originales y se emplean cada vez mas los términos diplomáticos y parlamentarios pertenecientes a la colección de expresiones corrientes usados en los salones cosmopolitas. Aunque un Francés no pueda comprender el español, el italiano, el portugués y el rumano en sus prosistas y poetas sino después de un serio estudio, puede leer correctamente sus periódicos, en los que halla las mismas palabras con terminaciones diferentes y los mismos giros con algunos términos del país, que se adivinan por el conjunto de la frase. En

todo el mundo latino la lengua universal está ya en vía de formación, y los lenguajes de las naciones eslavas, germánicas y anglo-sajonas se acomodan paralelamente para acercarse por la construcción general al término medio generalmente aceptado. En los congresos científicos internacionales ha quedado convenido que todos los auditores comprendan las principales lenguas occidentales.

Para el que ama su lengua materna y siente repugnancia por todas las jergas bastardas que invaden por todas partes, no el templo literario de las naciones, sino el atrio vulgar de la política y del comercio, el advenimiento de una lengua verdaderamente común puede considerarse como un verdadero beneficio, porque constituiría una revolución franca que, poniendo dos idiomas a disposición de cada uno, el de uso internacional y el lenguaje de la infancia, permitiría defender éste contra la invasión de las palabras extranjeras —no por odio, sino por respeto— y contra los giros que no corresponden a su genio.

Que esta lengua común no pueda ser una lengua muerta como el sánscrito, el griego o el latín, es de toda evidencia, a pesar de los piadosos depositarios de los bellos idiomas de otros tiempos, porque esos antiguos lenguajes pertenecen a una civilización que la de nuestros días ha rebasado hace ya mucho tiempo: los nuevos pensadores necesitan un instrumento nuevo. Ninguna lengua moderna sirve tampoco para vehículo universal de la inteligencia humana. Aunque el francés y el inglés hayan podido ambicionar esta situación preponderante, las rivalidades nacionales no permiten que semejante conciliación se haga pacíficamente entre los hombres, y además no hay una de las lenguas actualmente habladas que no sea difícil de conocer bien, en el conjunto de su vocabulario, en la variedad de sus giros y matices, en las dificultades de su sintaxis o en los escollos de su pronunciación:

todas representan en su formación elementos múltiples, muy diferentes unos de otros, y la diversidad de las reglas, procedentes de las contradicciones iniciales, obliga a los alumnos a estudios muy profundos, por cuyo motivo la mayoría de los que en el extranjero estudian una de esas lenguas europeas se verían muy comprometidos para utilizarla a fondo como idioma universal; se limitan a cargar su memoria con cierto número de palabras y de frases que les facilitan las operaciones más usuales de la vida y las conversaciones corrientes; son jergas como el sabir mediterráneo y como el *pidgeon english* de los mares Pacíficos, no son lenguas.

Tales son las razones que han inducido a los investigadores a confeccionar lenguajes artificiales libres de excepciones en el manejo de las reglas. En este sentido se han hecho numerosas tentativas y algunas han alcanzado bastante importancia para dar vida a una verdadera literatura. Entre todas esas creaciones, la que su autor, Zamenhof, ha calificado de *esperanto*, término cuyo sentido es fácil de adivinar, parece reunir muchas ventajas como lengua artificial. Las radicales del vocabulario no han sido escogidas por capricho individual, sino que se han impuesto naturalmente como pertenecientes por el uso a las principales lenguas de Europa y América, sea por el fondo latino, el más importante de todos, sea por los lenguajes germánicos. En posesión de ese tesoro primitivo de las palabras, todo lo aproximado posible al conjunto de las lenguas europeas correspondientes a las naciones más civilizadas, el estudiante del nuevo idioma las modifica y combina las formas fáciles de aprender para darles los matices necesarios, y se guía por reglas firmes para indicar los géneros, los números, los tiempos y los modos. Esas cuantas decenas de reglas, que pueden dominarse en un día, bastan para que el esperantista, manipulando su diccionario, escriba y comprenda la lengua universal: puede ponerse en

relación con todos los corresponsales que se han procurado la misma clave de relación común. El número de adeptos que han entrado ya en la vía de la realización práctica es bastante considerable para haber modificado algo la estadística postal: transcurridos solamente diez años desde el nacimiento del esperanto, los que lo utilizan en el cambio de cartas pasan ya de 120.000. ¡Cuántas lenguas originales en África, en Asia, en América y hasta en Europa, comprenden un número de personas mucho más modesto! Los progresos del esperanto son rápidos y el idioma quizá penetra más en las masas populares que entre las clases superiores, llamadas inteligentes, debido, de una parte, a que el sentimiento de fraternidad internacional tiene su parte en el deseo de emplear una lengua común, sentimiento que se manifiesta principalmente entre los trabajadores socialistas, hostiles a toda idea de guerra, y, de otra, a que el esperanto, más fácil de aprender que cualquier otra lengua, se ofrece ante todo a los trabajadores que tienen poco tiempo para sus estudios. Nótase, no obstante, que la mayor parte de los intelectuales en las pequeñas naciones de la Europa sud-occidental, obligadas a volverse a Europa del Centro y del Oeste, tratan de adoptar el esperanto, aunque sea muy pobre todavía su bagaje científico, admirados de las naturales ventajas que les ofrece para entrar inmediatamente en relación con la civilización occidental.

Cosa curiosa, esa lengua nueva se utiliza ya ampliamente y funciona como un órgano del pensamiento humano, mientras sus críticos y adversarios repiten aún como una verdad evidente que las lenguas no fueron jamás creaciones artificiales y deben nacer de la vida misma de los pueblos, de su genio íntimo. Lo cierto es que las raíces de todo lenguaje se extraen, en efecto, del fondo primitivo, y el esperanto es, por todo su vocabulario, un nuevo e incontestable ejemplo de ello, pero esas radicales pueden ser matizadas

ingeniosamente de la manera más directa, como se ha hecho para todas las artes y todas la ciencias; en este punto no hay excepción: todos los especialistas tienen su lenguaje particular. El inventor del esperanto, y los que, en todos los países del mundo, le han prestado enérgico apoyo, no profesan la ambición de reemplazar las lenguas actuales, con su largo y tan bello pasado de literatura y de filosofía, sino que proponen su aparato de relación común entre las naciones como un simple auxiliar de los idiomas nacionales. Sin embargo, quién sabe si nuestras lenguas cultas, tan noble en boca de los genios que las han interpretado mejor y han hecho de ellas maravillosos ejercicios de fuerza, de flexibilidad y de encanto, por efecto de la ley del menor esfuerzo, tendrán de parte de aquellos a quienes la escuela haya hecho dueños de dos lenguas, una aprendida de la madre y otra adquirida en el diccionario, a entregarse al uso del idioma más fácil, más regular y más lógico. Como quiera que sea, una revolución tan capital como lo sería la adopción de una lengua universal, no podría realizarse sin producir en la vida de las naciones las más importantes consecuencias en favor de la paz y de un acuerdo consciente.

Todavía más rica en resultados será la revolución de la higiene que actualmente se opera en todos los países cultos del mundo, y aún en ciertas comarcas bárbaras, especialmente en las regiones pantanosas de donde se expulsa al mosquito anofeles, y sobre las carreteras de los municipios donde se detienen los contagios mundiales como el cólera, la fiebre amarilla y la peste. Esos cambios son principalísimos porque se aplican directamente al conjunto de la humanidad como si constituyera un inmenso individuo. La vigencia de la higiene universal se realiza actualmente a pesar de las fronteras, de las separaciones oficiales entre los hombres. Desde el punto de vista de la represión de las epidemias, la ciencia no

distingue al indígena del extranjero. No repite el precepto de Moisés[11]: "No comáis animales muertos, sino dadlos o vendedlos a los extranjeros". Sabe ya que la humanidad es solidaria y que las enfermedades se propagan por contagio de individuo a individuo, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Sabe que ha de tratarse cada población y aun el mundo entero como un verdadero organismo y que la salud de los Japoneses, de los Africanos, de los Esquimales, hasta la de las gallinas, las ratas, las vacas, interesa a todos los hombres. Los higienistas de Europa, representados por comisiones de médicos y otros sabios, han intervenido en Djeddah y en la Meca para impedir el nacimiento o al menos el desarrollo del cólera entre los *hadji* que se agolpan en derredor de la piedra santa; así como también han intervenido en las Indias para estudiar sobre el terreno los focos de la peste, buscar los medios de su curación y circunscribir los límites de extensión del azote; mañana intervendrán en Persia y en Caldea para regular el transporte de los cadáveres a los lugares sagrados de Kerbela y de Nedjef, que deja sobre los caminos de las caravanas un olor de podredumbre. Apenas habrá población donde no se atienda la salud pública por el establecimiento de las cloacas, la conducción de aguas puras, la limpieza de las calles, la incineración o el tratamiento químico de la basura. Se atiende a hacer los más conveniente, sea ocupándose de los niños mal alimentados, atacando los grupos de casas mal sanas o de mil maneras diferentes; pero no sin provocar protestas de parte de los "superiores" y de los propietarios. No importa; en este asunto el impulso está dado, y se ha evidenciado que en toda comunidad la salud del más rico está unida a la del más pobre; la ciencia ha activado la evolución de los sentimientos: el más aristócrata

11. Deuterenomio, XIV, 21.

de los hombres ha de mostrarse racionalmente solidario o temer perpetuamente el contagio.

Gracias a métodos científicos, se han rechazado y hasta suprimido en diversos países los terribles azotes, viruela, difteria, tifus y tantas otras pestes negras que antes asolaban periódicamente el mundo. En cuanto hace su aparición una de esas enfermedades, se encuentran inmediatamente los orígenes del mal en los cuarteles, las cárceles, los hospitales o los



Cl. de la Ruche

La partida para la siega en una escuela libertaria

conventos y se recurre al remedio soberano de la asepsia y de la limpieza, preferible a las procesiones, las peregrinaciones y la flagelación mutua que se imaginaban en otro tiempo con poder suficiente para ahuyentar los espíritus envenenadores. El fuego, excelente medio de desinfección, se empleaba, no para destruir los cadáveres y toda clase de objetos contaminados, sino para quemar desgraciados, sobre todo Judíos, a quienes se acusaba de esparcir las enfermedades infecciosas:

durante la gran epidemia del siglo XIV se quemaron dos mil Israelitas en Hamburgo y mil doscientos en Maguncia. Hasta en estos últimos tiempos la ignorancia popular ha tratado siempre de vengarse sobre el enemigo del mal que procedía de la propia incuria.

Se sabe, pues, de qué manera han de combatirse los contagios, es decir, las enfermedades que atacan a la raza entera, y se sabe ampliamente también lo que ha de hacerse



Cl. de l'Avenir Social

Lección de lectura en una escuela libertaria

para rechazar y suprimir las enfermedades individuales. Sin embargo, no bastan las afirmaciones de la ciencia para que la humanidad se conforme con sus enseñanzas, y hasta ocurre que las pasiones o los apetitos reaccionan contra ella y el mal se aumenta en proporción directa del conocimiento. Por ejemplo, la acción funesta de los espirituosos ha sido perfectamente evidenciada por los higienistas, y pocos son los alcohólicos inveterados que no reconozcan cuan fundadas son

las críticas y las recomendaciones que se les prodigan, pero la victoriosa rutina les pone el vaso en la mano, y le vacían maldiciendo su indigna cobardía. Lo mismo se encuentran fumadores que deploran su sumisión al cigarro o a la pipa, que comilones alaban la sobriedad. Se ven muchos médicos que dan mal ejemplo contra sus mismos consejos. De todos modos, bueno es saber la verdad y mostrarla como una enseña sobre las prácticas incoherentes de la vida, saber la vía que ha de seguirse sin haber de pedir a los biólogos la claridad definitiva sobre todo lo referente a la alimentación, a las enfermedades y a la salud.

Pero el gran manantial de las enfermedades, como es sabido, pertenece al género de los que se quieren tener abiertos siempre: es la desigualdad social. La causa económica de la riqueza y de la miseria coincide exactamente con la de la vida y la muerte. Los estadísticos han formado en cada centro urbano el triste cuadro de la mortalidad según el estado de fortuna de las clases: la proporción varía del sencillo al doble, al triple, al séxtuplo. Aquí los pastores que predican la resignación a los humildes de sus rebaños; allá el rebaño mismo que marcha en multitud como al matadero. Las gentes de la clase rica sobreviven a las condiciones más contrarias a la buena salud; resisten a la demasiada buena comida, a las veladas largas, al noctambulismo, a las enfermedades de la orgía: los cuidados, los viajes, el aire puro, el reposo y el trabajo atractivo los repone y les permite llegar a la vejez. Las gentes de la clase mísera, por el contrario, están expuestas a todos los riesgos de la muerte, sobre todo al principio de la existencia: el primer año se lleva siempre una parte considerable, después cuando se han adaptado al medio de la incomodidad, de la mala alimentación, de la higiene al revés, sucumben muchos a las enfermedades que pasan felizmente aquellos a quienes el bienestar ha hecho menos vulnerables;

los contagios ordinarios, y el más temible de todos por sus efectos, la tuberculosis, causan con predilección sus víctimas en las falanges de la indigencia. Además, contra los pobres se ceba con más energía la casta de los curadores de toda clase, con patente o sin ella, médicos, cirujanos, curanderos, charlatanes, que tienen interés directo en perpetuar la enfermedad, en crearla, en caso necesario. En el actual estado social, es siempre peligrosa la existencia de una contradicción entre el deber y el medio profesional de ganarse el pan. Colocándose en las condiciones económicas y morales que el antagonismo de los intereses produce en la sociedad, no puede censurarse al médico ni al farmacéutico que sueñan con epidemias y enfermedades. Para la realización de una verdadera higiene pública se necesita una moral superior que puede nacer solamente de un desplazamiento del eje social en la humanidad.

Una de las cuestiones capitales en el porvenir es el cultivo de los hombres, que nace ahora casi todos al azar y que se desarrollan en virtud de las circunstancias buenas o malas: de riqueza o de miseria, cuando lo necesario es asegurar generaciones sucesivas de hombres todos sanos, fuertes, hábiles, inteligentes y bellos. No hay razón para decir que eso es pedir lo imposible, puesto que los jardineros, en sus maravillosos experimentos, han cambiado a su gusto las formas, los colores, la altura, el aspecto y las costumbres de plantas numerosísimas; puesto que los criadores de animales han creado razas por los cruzamientos, determinando muchísimas variedades de animales de que sólo se conocían uno o dos tipos; puesto que manos impías de propietarios de esclavos han acoplado negros y negras para obtener a voluntad sujetos de bíceps o de pectorales más o menos desarrollados. ¿No se ha visto a Federico Guillermo I de Prusia mandar que se efectúen matrimonios entre hombres altos y arrogantes y



Cl. P. Nyst.

La escuela al aire libre, en el Sahara.

mujeres vigorosas para obtener granaderos escogidos para los ángulos de sus regimientos?

A ejemplo del monarca famoso, ciertos reformadores autoritarios han propuesto la gerencia del Estado, su intervención directa en todas las uniones, como el medio de asegurar a la humanidad futura la mayor suma asequible de fuerza, de longevidad, de cualidades físicas y morales. No es ciertamente imposible en una sociedad como la nuestra —que sostiene todavía principios absolutos "por la gracia de Dios", y que ve al mismo tiempo desarrollarse la ciencia en toda la magnificencia de sus descubrimientos—, que haya soberanos y hasta partidos que se consideren "científicos" que tengan la audacia de intervenir en las relaciones naturales entre el hombre y la mujer, ejerciendo a su vez ese derecho de intervención en el matrimonio que practicaban en tiempos pasados casi todos los padres en virtud del derecho de propiedad sobre sus hijos; es hasta probable que se hagan tentativas en este sentido, porque en el gran trabajo de experimentación que representa la historia, todo se ha ensayado sucesivamente, todas las combinaciones se reproducen de una manera imprevista; pero de antemano puede predecirse el más lamentablemente fracaso a los que, colocándose insolentemente sobre las leyes naturales de la afinidad espontánea de los sexos, trataran de crear un género humano a su estampilla. Su mismo éxito sería el mayor de los desastres, porque entonces esos hombres que fabricarían los soberanos no serían ya hombres, serían esclavos con las "cualidades" del esclavo, es decir, seres satisfechos de su envilecimiento, que aceptarían su degradación resignadamente y estarían cada vez más desprovistos de fuerza y de iniciativa. Así fue como los Faraones, ayudados por ministros del temple de un José, crearon una raza de pacientes labradores que formaban un mismo instrumento agrícola con el buey

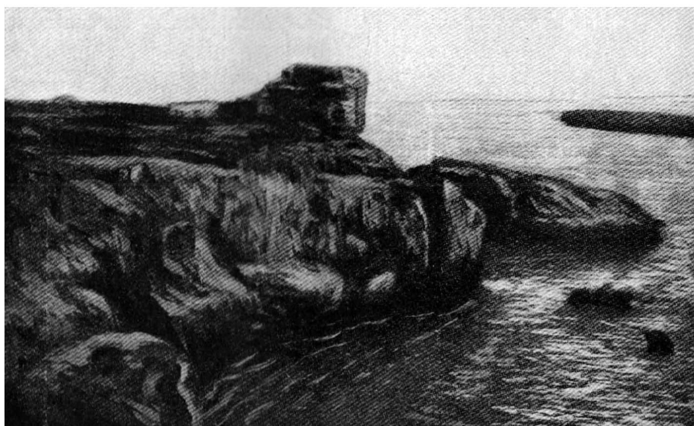
que camina lentamente arrastrando el arado. Los Peruanos bajo el régimen de los Incas, los Guaranis bajo el apostolado de los Jesuitas, tales son los tipos que se intentaría reproducir según un modelo cuyo relieve se iría borrando poco a poco. ¡Cuántas veces se ha ejercido la intervención de los curas y de los poderosos en ese sentido, reprobando siempre con insistencia las uniones de las bellas jóvenes con los "malas cabezas"; cuántas veces los padres, en desacuerdo con el deseo de casarse manifestado por sus hijos, han preferido la "posición" a la robustez y a la belleza; cuántos suicidios y cuántos crímenes han causado esas intervenciones!

En esta cuestión capital de la dirección científica que ha de darse a los cruzamientos, respetando de una manera absoluta la libre elección de los cónyuges, habrá de comenzarse nuevamente la lucha de poder y de igualdad que, sobre todos los demás puntos, divide a los hombres. Cada mejora parcial que dicta la ciencia, se encuentra bruscamente detenida en sus esfuerzos por la interposición de las condiciones de desigualdad social entre el ideal y su realización posible. Si se trata por ejemplo, de más esencial de todos los progresos, del que ha de asegurar la salud y la duración de la existencia a todos los recién nacidos, la historia natural, la higiene y la terapéutica nos han dado todos los informes deseables, y sabemos perfectamente cómo ha de procederse para acomodar los niños a su medio en toda comarca y en cada estación; se sabe también lo que ha de hacerse para aceptar los retos de la Naturaleza haciendo vivir los nacidos antes de término, objetos informes cuya cualidad humana sólo es reconocida por el anatómico y la nodriza. El higienista enseña a aumentar de día en día y de hora en hora las probabilidades del individuo naciente en su trabajo por la existencia; sabe en general cómo ha de obrar ante cada problema médico o quirúrgico, pero no ignora las desigualdades de la fortuna, y sólo la lucha

en beneficio de los hijos de los privilegiados. Sería convertirse en revolucionario no tener en cuenta los derechos sacrosantos del capital, aun en ese problema por excelencia de la conservación de la especie humana. El médico no puede separar a la madre del género de ocupación que le impone la economía contemporánea, ¿y qué ha de hacer si la madre, a causa de su trabajo, se ve obligada a separarse de sus hijos, de enviarlos a casas mercenarias, donde los cuidados que se les den bajo la vigilancia de funcionarios indiferentes, corren el riesgo de ser completamente ilusorios?

Lo mismo sucede con todas las demás mejoras soñadas o intentadas por los hombres de buena voluntad que se interesan más especialmente en tal o cual de las cuestiones relativas al progreso social. Los higienistas no tienen duda alguna respecto a los venenos que vician la sangre de los hombres: alcohol, tabaco, morfina, opio. La claridad es grande sobre el asunto, pero es también evidente que los presupuestos nacionales y locales, lo mismo que los beneficios de los productores y comerciantes se aumentan en grande, favoreciendo el vicio. No se verán, pues, poderes constituidos que tengan la audacia de condenar abiertamente el mal. Todo se reduce a tratar teóricamente cuestiones relativas al trabajo o a la educación, a aceptar los que dicen los higienistas acerca de respirar aire puro, de alternar los trabajos de fuerza física y de investigación intelectual, de suministrar a cada hombre una alimentación variada y abundante, de no forzar las vocaciones ni los músculos, de conceder gran reposo bien ganado a aquellos a quienes ha fatigado el exceso de trabajo; ¿pero qué importa una ciencia cuyos principios no se osan aplicar porque en las fábricas se necesitan músculos humanos a cambio de jornales de hambre, y porque los padres tienen prisa por que sus hijos se dediquen a una profesión, si no bien remunerada, a lo menos suficiente para las necesidades inmediatas

de la familia? ¿Y la prostitución? Como régimen dependiente del Estado, del que hasta se beneficia por los tributos que la impone, semejante institución no puede hallar más que defensores vergonzantes, si se exceptúan los jefes militares que cuidan de que no falten casas públicas al lado de los cuarteles. ¿Y cómo evitar las matanzas perpetradas de tiempo por las compañías de ferrocarriles? No hay duda de que ocurran casos fortuitos inaccesibles a toda previsión humana, pero en más



Cl. Colec. Ideal P. S.

La Punta Pescade, cerca de Argel, y su fuerte

de una accidente el "dividendo" es el culpable. Las compañías conocen los aparatos de preservación, pero son caros; tampoco ignoran que un personal numeroso, dispuesto siempre, es indispensable para evitar los choques, pero los hombres se pagan, y saben también que si las responsabilidades recayeran sobre los poderosos tomarían un carácter mucho más serio que las duras penas impuestas al azar sobre un guarda-agujas o sobre un fogonero rendidos de fatiga. Esos inconvenientes, por otra parte, no disminuyen los grandes beneficios a cuya consecución obedece toda combinación de la empresa.

Así siempre y en todas partes, en toda obra de justicia y solidaridad humana se tropieza con supervivencias que no cederán seguramente a las exhortaciones de los que saben y se limitan a predicar con fervor; no cederán más que a la fuerza. Los que unen el poder al saber intervendrán sin duda antes que todos esos males desaparezcan por sí mismos. No bastará dictar leyes ni delegar el poder popular para destruir todas las instituciones malas; el movimiento histórico traerá seguramente sobre la escena revolucionarios que pondrán la mano al servicio de sus ideas, demoliendo cuarteles y lupanares, casillas de consumos y aduanas, cuartelillos de gendarmes, cárceles y presidios. De lo contrario, a pesar de cuanto se haga, esas barracas y esos monumentos serán siempre habitados y, conservando su carácter social de focos parasitarios, permanecerán como tantas otras úlceras sobre el cuerpo enfermo. Mientras no interviene la sanción de un hecho brutal, las decisiones legales resultan vanas. Hay fortaleza abandonada, desarmada, desguarnecida, hasta sin conserje, y no deja de ser un lugar prohibido, cuyos muros están defendidos por la prisión y por las multas. Muchas veces han sido suprimidas las subprefecturas por acto legislativo como otras tantas vergonzosas agencias electorales, pero a pesar de todo las subprefecturas funcionan todavía, con perjuicio de la moral y de la hacienda pública. La opinión prepara



Escultura prehistórica.
Busto de mujer en diente de caballo.
Mas de Azil. – Tamaño doble.

revoluciones: la voluntad firme, absoluta, las realiza.

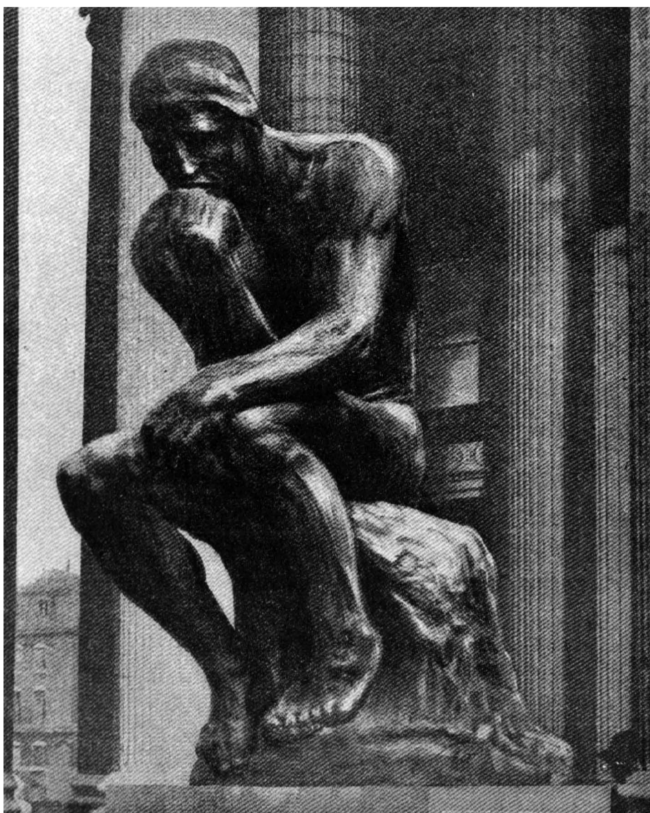
La parte de la educación que ha de dar por resultado las grandes transformaciones estéticas, es aún mucho más delicada que la educación científica, porque es menos directa, y su elaboración, completamente personal, es infinitamente más matizada.

La impresión de la belleza precede al sentido de la clasificación y del orden: viene antes que la ciencia. El niño se alegra cuando tiene en su mano un objeto luminoso, de color brillante y sonido argentino; goza deliciosamente de la música, de los colores y de los sonidos, y hasta pasado cierto tiempo no trata de conocer el cómo y el porqué de su juguete: le mira y le manipula mucho antes de desmontarle para conocerle bien. Asimismo sus padres contemplan con una especie de adoración, con transporte, al hijo que les ha nacido, y sólo en segundo lugar les acude la idea de educar al ser maravilloso que admiran.[12] Así se pasa del arte a la ciencia; después cuando se han comprendido las cosas que nos rodean, cuando la ciencia ha explicado todo, volvemos al arte para admirar todavía, y hacer, si es posible, que penetre la alegría en nuestra vida.

Pero no es artista todo el que quiere, y el que pretende serlo por el estudio servil de los maestros, por la medida y la reproducción precisa de las líneas trazadas por otros, por la observación rigurosa de las reglas anteriormente adoptadas, no pasará de pobre copista, generador de decadencia y de muerte. La primera regla del arte, como de toda virtud, consiste en ser sincero, espontáneo, personal (Ruskin); pero, tan mala ha sido nuestra educación, que por un sentimiento de servil imitación, las multitudes —¡y cuántos hombres instruidos y cultos pertenecen todavía a la simple multitud!— se

12. Patrick Geddes, *Summer Meeting at Edinburg*, 4 Agosto 1896.

sienten arrastradas a considerar como perteneciendo al número de cosas bellas por excelencia, muchas obras que no son más que agregados de piedras debidos al capricho de algún déspota y pagados por innumerables vidas de esclavos. Verdad es que toda obra humana es, en sus efectos, como en sus causas, de naturaleza tan compleja, que lo bello puede mezclarse con lo mediano y aun con lo feo; sin embargo,



Cl. J. Kuhn, París.

El Pensador, por A. Rodin

para darse cuenta exacta de los trabajos humanos, preciso es distinguir en ellos los elementos diversos y pronunciarse especialmente sobre cada uno de ellos. Las pirámides, por ejemplo, en concepto arquitectónico, no son más que un simple modelo de geometría sin más valor que los poliedros de cartón que construyen los escolares; mas, por su masa prodigiosa, aquellos "tres montes elevados por el hombre, que a lo lejos penetran en los cielos" han dejado de ser en apariencia obras humanas, y se convierten en parte inseparable del paisaje, como las sinuosidades del río y las arenas del desierto. Además, se ve levantarse en aquéllas pirámides como un periodo de la humanidad: el pensamiento evoca todo el pueblo de los constructores y, por una simpatía inconsciente, personifica los millones de desgraciados en el enorme montón de piedras bajo el cual murieron penando. Tiénese a la vista un espectáculo de la Naturaleza, recíbese una profunda impresión de la historia, pero toda idea de arte queda completamente extraña a la vista de las pirámides.

Prodúcese más fácilmente una admiración irreflexiva cuando las obras arquitectónicas unen a formas colosales algunos rasgos realmente artísticos. Cuando Sesostris, locamente prendado de su pobre persona, cubrió el mundo egipcio con sus enormes efigies, el sentido de lo bello no había sido todavía suprimido completamente por la servidumbre universal, y por lo menos los colosos del Faraón, sus templos de proporciones gigantescas, han guardado, a pesar de su exageración y su falta de espontaneidad, algunas de las cualidades legadas por la edad precedente. Asimismo, en las épocas en que los soberanos, césares o "Reyes Sol", hacían converger a la glorificación de su individuo todas las energías artísticas del siglo, las generaciones anteriores habían contribuido sin saberlo a la obra de adoración real, pero su premio consistía en una decadencia inevitable de las generaciones

siguientes. Sin embargo, la bajeza atrae a la bajeza, y de siglo en siglo, los príncipes que mataron el arte por su vanidad, a fin de concentrar todos los rayos en su aureola, tienen todavía sus cortesanos; pero esa turba disminuye: cada vez prevalece más el sentimiento expresado por los críticos verdaderamente humanos: "En la época de Sesostris el arte se vuelve espantoso[13]… No sólo se siente humillado por la inmensidad de esas obras, sino que la ejecución no puede comprenderse más que por la esclavitud de los hombres… Quiero que las artes expresen el bien de la especie humana".

A lo menos expresa la libertad. Cuando el hombre trabaja libremente, y puede dedicarse alegremente a su obra, persiguiendo su quimera, quizá alcanzará su felicidad de realizarla o a lo menos hallará la originalidad personal que hará de él un individuo distinto en la sucesión de los hombres. Si no tiene el goce tranquilo de la libertad en la paz, que tenga a lo menos la libertad relativa que se halla en el combate: son también grandes épocas aquellas en que se puede luchar por un ideal, defender con una mano el tesoro que se lleva en la otra. A veces también el artista puede crearse una vida completamente aparte. El mundo oficial se le aparta, el fárrago de las cosas insignificantes se agita en su rededor; pero él lo ignora todo y sigue en regiones misteriosas el llamamiento de su genio. Beethoven es sordo, pero desarrolla en los campos del espacio grandes ríos de armonía. Por lo demás, la floración del genio individual depende de tantos elementos, de tantas combinaciones infinitas, que suele suceder que se desarrolle en un medio completamente extraño en apariencia, que sin embargo, tiene recursos ocultos, tesoros de fuerza de que la tiranía no había podido apoderarse. Así pudo erigirse la admirable iglesia que descubrió Stevenson en una

13. Ch. Lenormant, citado por Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*.

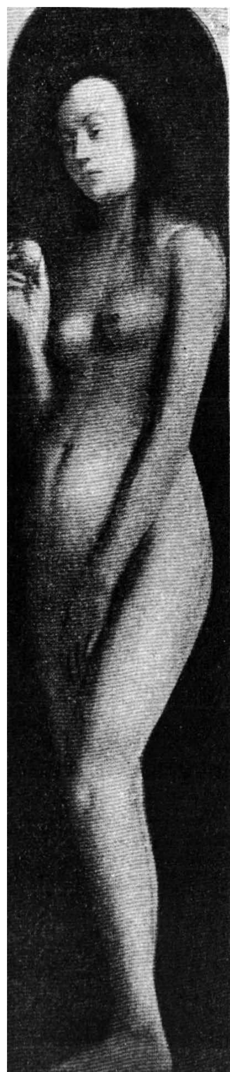


Adán
por los hermanos Van Eyck,
Hubert, 1370-1426.
(Real Museo de Bruselas.)

aldea despoblada de las Marquesas, en Hatiheu, en la isla Nukahiva. El hermano lego que la construyó hace algunos años se manifestó escultor original y supo producir un conjunto verdaderamente notable.[14] Es indudable que la obra artística de Michel Blanch no hubiera podido florecer en la metrópoli, bajo la influencia de sus superiores y de la burocracia con diploma. Del mismo modo gracias a la libertad infinita de los viajes en el mundo musulmán, un Saadi pudo ponerse frente a un Mahmoud el Ghaznevide; así también el impulso heroico de los descubrimientos y de las conquistas dio vida a un Cervantes, a un Lope de Vega, a un Calderón, a pesar de la inmensa tiranía de la inquisición; después, en la frivolidad de las cortes, se vio prosperar a Rubens y su escuela, con su belleza robusta y brillante, su riqueza sin pensamiento y sin filosofía.[15] Por último, hay entre los artistas cierto número de hombres que saben luchar siempre y en todas partes, crecer a pesar de todo como árboles que se retuercen al viento del mar, y que, en la crisis final, miran frente a frente a sus adversarios, como Bernard Palissy, diciendo:"¡Sé morir!"

14. R. L. Stevenson, *In the South Seas*, I, p. 97.
15. Guillaume de Greef, *Introduction à la Sociologie*, 2ª parte, p. 173.

La tiranía material de los señores y de las castas no es la única que impide completamente o al menos retarda el desarrollo del arte; la pesada opinión de una opinión pública ininteligente produce el mismo resultado. El mal causado por la hipocresía religiosa y moral que domina en los países anglo-sajones bajo el nombre de *cant*, es verdaderamente incalculable. Miles de autores y de artistas que no habían de temer el "brazo secular" se callaban, no obstante, con una discreción respetuosa, cuando, por el asunto, hubieran debido tocar problemas que no han sido declarados libres por la opinión todopoderosa. Sabido es que hombres de gran inteligencia, como Byron y Shelley, trataron en vano de hacerse tolerar por su patria, Inglaterra, y uno y otro murieron en el extranjero. También en país inglés, la literatura y la pintura llamadas *convenables*, hasta una época reciente, se vieron obligadas a ignorar completamente la vida sexual, fuera de los impulsos del alma y del lado puramente espiritual del amor: parecía que el hombre fuera un ser sin cuerpo, una simple llama, una luz, un duende. A este respecto, la sociedad moderna, sometido siempre a esta vergüenza, a esta maldición de la carne que había pronunciado el cristianismo, es todavía



Eva
por los hermanos Van Eyck,
Jean, 1390-1440.
(Real Museo de Bruselas.)

singularmente inferior a la noble Hélade, que respetaba y divinizaba las formas humanas.

El renacimiento de un arte escultural, no idéntico, sino de igual valor al de los Griegos, no es concebible durante el largo transcurso que la moda y las convenciones de una falsa moral impusieron a los hombres y a las mujeres sus trajes, contrarios a la vez al libre crecimiento del cuerpo, a su desarrollo higiénico y al fructífero estudio de los artistas. No se puede ser escultor sino después de haber contemplado las formas en su infinita variedad, después de haber comprendido por un largo hábito el juego flexible de los músculos y la sucesión rítmica de los movimientos, después de haber descubierto la unidad de la persona humana, el lazo secreto que existe entre el modelado de cada una de las partes del cuerpo y el carácter moral de la individualidad creada por la imaginación artística. Todavía es necesario que esta apreciación de los cuerpos, viviendo en la plenitud de su vida, se haga en condiciones de libertad completa, no por una serie de sorpresas ni en el taller, donde personas habituadas a posturas convencionales se venden a tanto por sesión. ¿Puede hacerse verdadero arte reproduciendo los contornos de "modelos" conscientes del sentimiento de oprobio que las tradiciones y el medio dedican a su ocupación y que, por efecto de esa hostilidad, han adquirido una mentalidad especial? La desnudez no puede ser perfectamente bella sino cuando el ser humano es ignorante del mal, o cuando, por un perfecto y noble conocimiento de las cosas, se ha elevado a la pureza del alma y de la vida. Únicamente una profunda evolución moral, procedente de un completo cambio del medio, podrá dar a los hombres esta nueva libertad.

La cuestión de los vestidos y la desnudez es ciertamente la que tiene más importancia a la vez desde el punto de vista de la salud física, del arte y de la salud moral: es, pues, necesario precisar lo que se piensa a este respecto, porque ha llegado

el tiempo en que no se ha de retroceder ante ninguna discusión. Es esta una conquista reciente de la libertad humana: hace pocos años se hubiera rechazado de antemano con atentatoria a la moral toda proposición encaminada a que pudiera ser negada la necesidad del vestido. Bajo la influencia de esta idea de origen inmemorial, consagrada por la religión, indiscutible para la moral, se había llegado a creer en la sociedad actual, la llamada civilizada, que la "decencia" se halla en los diferentes pueblos en proporción directa con los vestidos. La dama elegante afecta no ver siquiera al que va descalzo, las manos, que son por excelencia los órganos de la acción, los ejecutores del pensamiento, se revisten frecuentemente con guantes; la mayoría de las mujeres cristianas no obligadas al trabajo físico se velan el rostro, a la manera de las mahometanas, sin ser compelidas por más tirano que por la moda; ni la cabeza se muestra libremente, una niebla de tul o de encaje se interpone entre la mirada y la naturaleza; hasta las motitas negras o rojas bordadas en el velo parecen manchar intencionadamente los ojos y las mejillas. Los convencionalismos los quieren así, como también en otras circunstancias las costumbres de la sociedad exigen que la mujer ostente descubiertos el pecho y la espalda. A la entrada de Carlos V en su buena ciudad de Amberes, las damas de las más nobles familias se disputaban el honor de presentarse desnudas en el cortejo del soberano, lo mismo que en el tiempo del Directorio usaban telas transparentes para satisfacer las exigencias del buen tono. Sin embargo, preciso es reconocer que la religión y la moral oficiales no aprueban esas desviaciones de las costumbres y se acomodan mucho mejor con los vestidos tradicionales que, en cierto países como el Tirol y la Bretaña, cubren absolutamente el cuerpo e impiden reconocer la forma. Tal era el objetivo de la "Santa Iglesia", que veía en la mujer la mayor incitadora al pecado.

En el fondo se trata de saber cuál es, entre el desnudo y el vestido, lo más sano para el desarrollo armónico del hombre en lo físico y en lo moral. En cuanto al menor caso no hay la menor duda: para los higienistas es cosa ya juzgada la desnudez; no es dudoso que la piel adquiere su vitalidad y su actividad naturales cuando se halla expuesta libremente al aire, a la luz y a los fenómenos cambiantes del exterior; no se dificulta la transpiración; las funciones del órgano se realizan todas; flexible y firme a la vez, no palidece ya como una planta aislada privada de luz. Los experimentos hechos sobre los animales han probado también que cuando se substrae la piel a la acción de la luz, disminuyen los glóbulos rojos lo mismo que la proporción de la hemoglobina; es decir, la vida se hace menos activa y menos intensa.[16] He ahí una demostración de que los progresos de la civilización no son necesariamente progresos y que conviene someterlos a la comprobación de la ciencia.

Tomemos ejemplos entre diferentes pueblos: todos los viajeros convienen que los polinesios eran los hombres más bellos antes de que los misioneros, celosos repartidores de vestidos de lana y algodón, hubieran pasado sobre los países oceánicos; sábese también que en parte alguna tuvieron los artistas más nobles comprensión de la belleza que en la maravillosa Hélade, donde los jóvenes y los fuertes luchaban, corrían, jugaban al aire libre, desnudos, ante el pueblo reunido. Tampoco se ignora que los higienistas actuales, deseosos de restablecer la belleza y la salud humanas puestas en peligro por la falta de método en el alimento y en el vestido, desnudan a sus pacientes para acostumbrarles al aire y a la luz. En toda la Europa occidental y hasta en la septentrional Escocia, se han abierto establecimientos donde inválidos

16. Kronecker y Martí, *Archives italiennes de biologie*, t. XXVII, p. 333.

ricos exponen su piel desnuda a la acción vivificante del viento y del sol.

Verdad es que las comarcas frías, como la Escandinavia, y hasta los países templados, como casi todas las regiones populosas de Europa, tienen un clima de invierno muy áspero comparado con los que disfrutan los Oceánicos, pero los abrigos y los paños, que no son vestidos, permiten también garantirse contra el frío. Hasta una época reciente, los



Cl. S. Bing

CROQUIS DE LA VIDA DIARIA, POR KEISAI KITAO MASSAYOSHI.
Segunda mitad del siglo XVIII.

japoneses, a quienes las costumbres del *cant* inglés no habían contaminado todavía, no se sentían obligados por los convencionalismos a ocultar su desnudez y se bañaban en común: a la vista del libre juego de los músculos y de los miembros, los artistas del Nipón debieron seguramente la soltura en el uso del pincel. Los pintores y los estuarios salvaron la civilización de nuestra vieja Europa conservando el culto de la forma humana, a pesar de las maldiciones de la Iglesia contra la carne; en noble lucha conquistaron el derecho de representar al hombre sin los velos obligados por la ley.

El equilibrio de la salud y el funcionamiento normal del cuerpo no pueden restablecerse completamente; las enfermedades procedentes de alternativas del frío y del calor continuarán amenazando al individuo civilizado hasta que la estatua humana no se libre de sus vestiduras, hasta que "el hombre no se vuelva toda cara", como decía un indígena de la costa de Chile.[17] Pero la restitución de la belleza desnuda es sobre todo necesaria desde el punto de vista de la salud normal, porque el artificio del traje y del adorno, por la tonta vanidad, el servil espíritu de imitación y sobre todo por los infinitos recursos del vicio, es de los que más arrastra a la corrupción general de la sociedad. En las Escuelas de Bellas Artes, los jóvenes, a veces depravados, dibujan atentamente a la vista del modelo femenino con perfecto respeto de la forma humana, y no se entregan a los pensamientos libertinos hasta después, al contacto de las mujeres vestidas con sus adornos y perifollos: la moda ha dado a los vestidos el corte hecho especialmente para excitar la concupiscencia. La belleza desnuda ennoblece y purifica; el vestido insidioso y falaz, degrada y pervierte.

17. Alonso de Ovalle, *Account of the Kingdom of Chile*, citado por Ed. Carpenter, *Civilization, its causes and cure*.

Pero la moda reina todavía, lo mismo que continúan reinando el Señor Capital y las antiguas supervivencias de la Iglesia y del Estado. No hay que esperar que la moda, que representa los intereses de innumerables proveedores y abastecedores y que responde a un conjunto infinito de pequeñas pasiones personales, abdique de grado ni a la fuerza ante un nuevo régimen de arte y de buen sentido, y es tanto menos de esperar, cuanto la moda es la herencia de todo el pasado; cambia de siglo en siglo, de estación en estación, pero mucho menos sin embargo, de lo que ordinariamente se imagina; salta bruscamente de un extremo a otro, pero tomando formas anteriormente conocidas. Ninguna de las antiguas maneras de adornarse y de embellecerse ha desaparecido completamente, ni aun en nuestras sociedades elegantes. Muchos hombres se tatúan todavía, y, entre los actuales almirantes, puede verse alguno cuyos guantes de ceremonia ocultan un áncora marcada con tinta azul en la raíz del pulgar. La mujer europea no se atraviesa la nariz con un arete como la hindú, pero le cuelga a sus orejas; conserva el collar de la salvaje y le lleva el brazalete de la cautiva, resto de la cadena que la sujetaba al poste de la tienda. El soldado, que en la sociedad actual representa al primitivo, el hombre de vanidad guerrera y de combate, se adorna con charreteras, franjas y galones de colores chillones, con placas, con cruces de esmalte o de metales brillantes, con plumas multicolores, aun a riesgo de atraer a la batalla las miradas y las balas del enemigo.[18] Pero si entre las clases ricas, que quieren a toda costa distinguirse del común de los hombres, el amor al lujo conserva la separación de las clases y hasta trata de aumentarla todavía a fuerza de gastos, las multitudes democráticas tienden a parecerse cada vez más por el traje, lo que ya es

18. Ernest Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, p. 110.

un progreso. En muchos países no se distingue ya el pobre del rico, porque el hombre de gusto, aunque sea opulento, se viste con sencillez, y la limpieza es la regla para todos, hasta para los pocos afortunados. Además, el vestido de las mujeres laboriosas se aproxima al de los hombres: las que quieren conquistar la libertad plena de sus movimientos encuentran el medio de desembarazarse de las pesadas ropas, de los corsés estrechos, de los sombreros floridos. Positivamente se ha



Cl. Henry Guilliet

La Roche-Gajeac, a orillas del Dordoña

realizado cierto progreso en el sentido de la libertad del traje y a pesar de todo se ha adelantado algo hacia la higiene. Pero la gran revolución estética y moral que dará al civilizado moderno el derecho que tenía el Griego antiguo de pasearse desnudo a la luz del sol, esa gran revolución es todavía, entre todas las ambiciones del hombre moderno, la que parece más difícil de realizar.

El reformado aislado, aunque sea un "super-hombre" como Nietzsche, no basta para la obra que emprende. Si está solo, es tenido por loco, si no lo llega a ser realmente, y sus

contemporáneos pueden rechazarle con facilidad por la prisión, el destierro, la burla y el aislamiento, pero no deja de ser un precursor, y otros le seguirán, quienes por la asociación harán triunfar la voluntad. El artista no estará ya solo, en sus reivindicaciones: se unirá el higienista, el sabio, y de todos lados a la vez que se dará el asalto contra las prácticas impuestas y las preocupaciones que han de ser destruidas. La perfecta unión del arte y de la ciencia, tal como la deseamos para la sociedad futura, se reveló ya cuando El Ticiano y sus discípulos dibujaron para Andrés Vesalio las láminas para su *Tratado de Anatomía*. Los ejemplos del mismo género son cada vez más numerosos en nuestros tiempos, y podemos esperar resultados más sorprendentes todavía cuando los sabios, los artistas y los profesionales instruidos empeñados en múltiples empresas, cesen de ser, como lo son casi todos en nuestros días, los servidores asalariados de los príncipes y de los capitalistas, y, recobrando su libertad, podrán volverse hacia la multitud de los humildes y de los trabajadores para ayudarles a edificar la ciudad futura, es decir, a constituir una ciudad exenta de fealdad, de enfermedad y de miseria.

Se nos habla del trabajo "atractivo". ¡Qué alegría infinita sentirán todas las abejas trabajando en la edificación de una colmena donde no habrá parásitos que roben la miel! ¡Qué felicidad fraternal la de coordinar los esfuerzos propios con los de todos, para la creación de un bello organismo, donde cada uno tenga su parte de trabajo personal y dedique su existencia a la realización de una obra perfecta, detalle armónico de un conjunto que conviene a todos! El objetivo social habrá cambiado completamente. En la actualidad un grupo de privilegiados en posesión de capitales, títulos, plazas y sinecurias, procura por todos los medios conservar este régimen de desigualdad, y los artistas, como los obreros y como los soldados, no pueden entrar en la vida del trabajo

sino aceptando las condiciones impuestas por la sociedad dominadora. Sin duda sería para ellos una felicidad buscar sinceramente la vía, ayudarse mutua y equitativamente en los trabajos que requiere la asociación, vivir en común sin ningún temor a la miseria que asecha en nuestros días a la gran mayoría de los hombres; pero desde la primera lección aprenden que son rivales y combatientes; se les explica de todas maneras que los premios que han de obtenerse son escasos y que es preciso arrancárselos a los camaradas, no sólo por la superioridad del talento, sino, si la cosa es hacedera, por la astucia, por la fuerza, por las cábalas y a las intrigas, por las maquinaciones más bajas o por las oraciones a San Antonio de Padua. Se les amaestra para convertirse en privilegiados, y ante sus ojos se presenta, como en una gran avenida, toda la carrera de los honores marcada de distancia en distancia por cruces, medallas, títulos, pensiones, mandos del Estado, y, para la conquista de cada uno de esos símbolos, se preparan a librar batalla, herir mortalmente a algún "querido camarada", a marcar con su cuchillo la línea ya infranqueable para sus rivales. Todos se acostumbran de día en día a odiarse recíprocamente en los hermosos años de la juventud, hechos para la grandeza del alma y para el heroísmo, y, necesariamente, el arte verdadero, generoso y desinteresado, surge con dificultad en ese medio de bajas envidias: las flores quedan ahogadas bajo las ortigas. Los artistas más sinceros suelen ser los que, heridos en su sentimiento de lo bello y en su delicadeza íntima, se separan de la sociedad y viven como en una fortaleza apartados del vulgo: "acampan en país enemigo".[19]

La Naturaleza es para muchos una gran consoladora; mas lo mismo que las ciudades populosas, los campos, y hasta

19. William Morris, *Lectures to the Society of Art at Birmingham.*

los lugares más apartados, pueden ser afectados por el mal gusto y sobre todo por las brutalidades de la toma de posesión. Porque el hombre da su alma a la Naturaleza, y, conforme a su propio ideal, embellece y diviniza la tierra, o la vulgariza, la hace fea, grosera y repugnante. El hombre de mañana, elevado a la comprensión de la belleza, sabrá, por respeto y por amor a la Naturaleza, no colocar su morada de



Cl. M. Spokorni

La ópera de Varsovia

modo que se rompan las líneas, que se borren brutalmente el color y los matices: sentirá vergüenza en disminuir y alegría por aumentar la belleza de cuanto le rodee, en lo que, por lo demás, no hará sino imitar al animal, su antecesor. "La ardilla y el ave practican sus nidos en los árboles y los hacen muy interesantes a la vista."[20]

Asimismo, un grupo encantador, amoroso, una familia con sus hijuelos bajo las ramas ¿no aumentan hasta lo

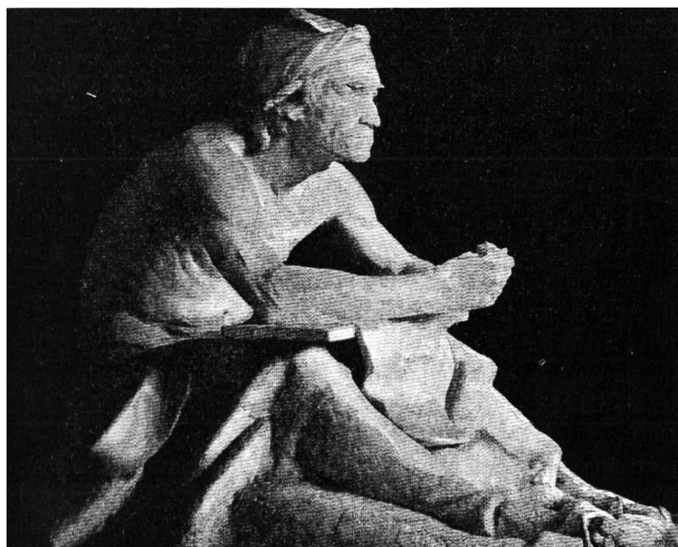
20. Edward Carpenter, *La Société Nouvelle*, Febrero 1896.

infinito la belleza natural, no alegran la soledad con su cabaña situada al lado de las aguas corrientes, con su jardincito lleno de flores? También grandes edificios pueden ayudar a la belleza del espacio circundante, cuando los arquitectos comprenden el carácter del sitio y la obra del hombre concuerda con el trabajo geológico de los siglos en armonioso conjunto. Así es como un templo griego continúa, desarrolla y florece, por decirlo así, los contornos de la roca que le sostiene; de ella forma parte integrante, pero dándole un sentido más elevado; la transforma, la glorifica, la hace digna de la divinidad creada por el hombre y que desde la altura domina sobre los campos y los mares. Sin embargo, hay cimas que profanaría toda arista de monumento, todo saliente de construcciones humanas, y se siente una impresión de verdadera repugnancia cuando arquitectos insolentes, pagados por hosteleros sin pudor, edifican enormes guaridas, bloques rectangulares donde se hallan inscritos los rectángulos de mil ventanas y en que sobresalen cien humeantes chimeneas frente a glaciares, montañas nevadas, cascadas o frente al Océano!

El arte se deja, pues, dominar por harta mala escuela; toda una turba de artífices diestros rodea a los que hacen encargos, barones de banca, municipios, prefecturas y sobre todo el ministerio de Bellas Artes, el Estado "Gran protector de las Artes"; al menor signo todos ponen manos a la obra: hoteles, palacios y templos, cuadros y acuarelas, estatuas y bajos relieves, dibujos y aguas fuertes, esmaltes, camafeos y joyas, óperas, operetas y poemas, todo lo que los amos quieran.

Por decenas de miles, cartones y telas, yesos, mármoles y bronces se alinean anualmente en las exposiciones de arte, en los "Salones" que tan bien muestran la incoherencia de las obras en gestación; cada una contrasta con su vecina por una impresión diferente, y no se les puede mirar durante una hora sin verdadero sufrimiento. Todo esto es trabajo servil;

sin embargo, se comprende qué poderosa reserva de fuerza, de destreza, de habilidad y de recursos para el porvenir se halla en ese caos. Que la armonía ajuste todas esas voluntades, que haya acuerdo entre todos esos obreros para una tarea común, digna de la grandeza humana, y surgirán incomparables maravillas sobre las ruinas de nuestras barracas y hasta de nuestros pretendidos palacios. Para que se produzcan cosas grandes bastará llamar a aquellos de quienes se



Marat, por Juan Baffier

esperan, pero ante todo es preciso que estén en condiciones de libertad personal, de digna igualdad y de serenidad perfecta respecto de los medios de vida; que ninguna preocupación les aparte de perseguir la belleza, que nada vulgar pueda salir de sus manos.

"El arte es la vida", dice Juan Baffier, el obrero escultor que tanta pasión y alegría puso en esculpir en mármol la noble y pura figura de su madre y la de los labradores y jardineros.

El Arte es la vida, sí; en cuanto el trabajo apasiona, en cuanto se transforma en felicidad, el obrero se hace artista, quiere que la obra se haga perfecta en belleza, que adquiera un carácter de duración y de universalidad para la admiración de todos. Hasta el campesino silencioso desea que se venga de lejos a contemplar el surco recto y de igual profundidad que, con mano sólida, a hecho trazar a su junta; el muletero tiene a gloria medir el equilibrio de la carga sobre el animal, adornándola con pintorescos jaeces; todo obrero procura tener una herramienta, no sólo perfecta para el trabajo, sino también agradable a la vista; escoge el mismo la madera o el metal, le pone el mango, la ajusta, la decora con adornos y dibujos; cierto pueblo cuyo nombre se ha perdido, que vivió en época tan remota que es posible equivocarse en miles de años acerca del período de su existencia, sólo vive para nosotros por los ornamentos que trazaron sus artistas en los huesos o en la piedra.

Hasta los trabajadores cuya obra desaparece en cuanto se termina, guadañeros, segadores y vendimiadores, son también artistas en la manera de manejar sus herramientas y de ejecutar su tarea: pasan los años y refieren con orgullo sus proezas de valor y de rapidez en el inmenso esfuerzo. El "primer" mozo de granja no participa en los beneficios de las bellas cosechas, pero poner su punto de honor en merecer mejor cada año su título y en ver reconocida su habilidad en la comarca. Cada profesión tiene sus héroes en cada localidad, constituyendo por sí solos un mundo completo, y cada uno de esos héroes encuentra poetas que perpetúan su fama, especialmente en las largas veladas de invierno cuando las llamas danzantes del hogar y los brillos súbitos de las brasas hacen oscilar las figuras, acercándolas o alejándolas alternativamente y dando a todas las cosas la impresión del misterio. De esos humildes focos del arte primitivo han salido nuestras

epopeyas y nuestras arquitecturas, y mientras no desaparezcan esos lugares pacíficos para el trabajo feliz, tenemos halagüeñas esperanzas.

Y tanto más tenemos derecho a esperar, cuanto de todas partes surge la convergencia hacia un estado social en que se comprenda la unión de todos los elementos de la vida humana, juegos y estudios, artes y ciencias, goces del bienestar



Museo del Louvre. Cl. J. Kuhn, París.

Danza de pastores de Sorrento, por Corot (Fragmento)

material y del pensamiento, progresos intelectuales y morales. ¡Qué prodigioso conjunto veía ya surgir ante sí el gran renovador Fourier cuando imaginaba su "Falansterio", y qué bellas tentativas se han hecho ya en este orden de ideas! En un porvenir próximo la "Casa del Pueblo" será mucho más bella que un palacio real en Persépolis, Fontainebleu, Versalles o Sans-Souci, porque satisfará todos los intereses, todas las alegrías y todos los pensamientos de los que antes era la multitud, la turba, la masa y a quienes la conciencia de su libertad ha transformado en asambleas de compañeros.

Ante todo el palacio será de vastísimas proporciones, puesto que un pueblo se paseará en sus patios, en sus galerías y en los paseos de sus jardines; inmensos depósitos recibirán provisiones de toda especie necesarias a los miles de ciudadanos que allí se hallarán reunidos los días de trabajo y de fiesta; el "pan del alma" en forma de libros, de cuadros, de colecciones diversas, no será menos abundante que el pan del cuerpo en las salsa de la casa común, y todas las previsiones para bailes, conciertos, representaciones teatrales deberán verse ampliamente realizadas. La variedad infinita de las obras arquitectónicas responderá las mil exigencias de la vida; pero esa diversidad no perjudicará a la majestad y al bello conjunto de los edificios. Allí estará el lugar sagrado donde el pueblo entero, sintiéndose exaltado sobre sí mismo, intentará divinizar su ideal colectivo por todas las magnificencias del arte completo que suscitará todo el grupo de las Musas, lo mismo las graves que presiden a la armonía de los astros, que las ligeras y amables que embellecen la vida con danzas y flores.

Todo eso, ciencia y arte, fue designado en la antigüedad remota bajo el nombre de "música", y en el alto sentido de la palabra, es la música en su conjunto tal como la comprendieron los pueblos primitivos que precedieron a los Hindus, los Tracios y los Griegos. Antes de haber sido convertidos por los Maristas y disciplinados carceleros, los Kanakas de Nueva Caledonia tocaban la flauta en medio de los campos "para animar las plantas a germinar y los frutos a madurar".[21]

¿No es esta, bajo otra forma, quizá más graciosa todavía, la leyenda de Orfeo, cuya lira atrae a los hombres, domestica a los animales, hasta conmueve las piedras y las obliga a erigirse en muros para construir la ciudad de los hombres libres?

21. Moncelon, *Mélanésie francaise*.

El pueblo, al que todos pertenecemos, se mueve en un ritmo constante: en cada uno de nosotros, la música interior del cuerpo, cuya cadencia resuena en el pecho, regula las vibraciones de la carne, los movimientos del paso, los impulsos de la pasión, las formas del pensamiento, y cuando todos esos latidos se conciertan y se unen en una misma armonía, se constituye un organismo múltiple, abrazando toda una muchedumbre y dándole una sola alma.

Ya el simple compás marcado por el pífano y el tambor basta para poner en movimiento toda la población de una calle, siguiendo el paso tras una compañía de titiriteros o de domadores de osos. ¡Qué no podrá la música verdadera, con sus expresiones de infinita ternura y de entusiasmo todopoderoso! Entonces la vida, común para todos, inspira una misma pasión al ser colectivo y le da también el mismo sentimiento moral, le predispone a la misma voluntad de acción; lo que hace la palabra elocuente puede cumplirlo también la música, de una manera más vaga en apariencia, pero más profunda en realidad, puesto que si no solicita las multitudes para una obra determinada, se apodera del ser íntimo y le predispone a un estado general que contendrá en potencia todos los actos del heroísmo. Todos aquellos a quienes la música une en una emoción colectiva comprenden la obra en su totalidad mejor que lo que podría hacer con la lectura o la audición solitaria el músico más sabio: sucede a veces que el público revela a los mismos ejecutantes finezas que no habían apreciado. Así la música, hasta bajo su forma estrecha de armonía de los sonidos, es el arte humanitario por excelencia, que da la conciencia de solidaridad a aquellos a quienes desune la lucha por la existencia.[22]

¿Y diremos de la música tal como la conocieron los Helenos, de la música en toda su amplitud, en que las

22. Guvaert, *Musique, l'art del xix siècle*, 1895.

manifestaciones humanas se unen a cada descubrimiento de la ciencia, a cada forma del arte?, ¿quién fijará límites al poder del hombre, cuando disponga de un acuerdo perfecto con el mecanismo inmenso de la Naturaleza, y cuando cada una de sus vibraciones se regule por la marcha de las estrellas, por el "ritmo sagrado de las estaciones y de las horas"?[23] Hasta ese grado de perfección puede tener el hombre la esperanza de llegar si las yemas entrevistas se desarrollan en flores, si las fuerzas en germen no se paralizan por una enfermedad imprevista, si la educación de la humanidad continúa haciéndose como ya se ha hecho siguiendo una serie de sacudidas que producen el progreso.

23. Louis Ménard, *Symbolisme des religions*.





Apéndices

Del heroísmo en los estudiantes y en los profesores*

por

Élisée Reclus

Reunidos en solemne asamblea general, todos nosotros, amigos, alumnos y profesores de la Universidad Nueva, acabamos de proclamar otra vez nuestra dedicación a la obra común, que ha entrado ya en su período de experiencia decisiva. ¿Realizaremos todas las esperanzas que se ponen en nosotros o bien seremos inferiores a la tarea emprendida? Tenemos plena confianza en el éxito, pero, cualesquiera que hayan de ser nuestros destinos, vamos hacia adelante asociando nuestros esfuerzos y tomando cada cual nuestra parte de la responsabilidad colectiva, con el altivo sentimiento de nuestro deber y la poderosa resolución de triunfar.

Pero ¿con qué derecho —se me preguntará— hablo aquí de voluntad y de esfuerzos comunes cuando, como individuos, presentamos tan grande diversidad de pensamiento y principalmente de ideales sociales? Ese perfecto acuerdo que

* Discurso pronunciado el 22 de octubre de 1895, durante la sesión de apertura de la Universidad Nueva de Bruselas.

invocamos, ¿no será más que ilusión pura, y la unidad que nos es indispensable, solo una quimera? No; ese acuerdo, esa unidad existen, porque, por diferentes que seamos entre nosotros por el carácter, la comprensión de la historia, las aspiraciones hacia un porvenir próximo, todos reconocemos con absoluta unanimidad y en su entera plenitud la libertad del pensamiento; la proclamamos con toda la potencia de nuestro ser y cada uno de nosotros encuentra en ello la garantía de su enseñanza. La reivindicación del pensamiento libre fue el origen mismo de nuestra existencia como grupo de enseñanza; ella será también constantemente la condición de vida y de prosperidad de esa enseñanza. Una llama libre, de resplandor modesto, sin duda, pero alerta y vivo, arde sobre el altar que hemos levantado con nuestras manos: esa irradiación alegre la alimentamos con una atención celosa, porque es en ella donde vemos resplandecer nuestra alma colectiva.

Así podemos afirmar altamente nuestro derecho a hablar de una voluntad común. La ciencia, tal como la concebimos, tal como trataremos de interpretarla, tiene el ligamen por excelencia que da el respeto sin límites al pensar del hombre. Tendrá también el lazo que nos asegura la comunidad del método, la voluntad firme de no sacar conclusiones que no se deriven de la observación y de la experiencia, de descartar escrupulosamente todas las ideas preconcebidas, puramente tradicionales o místicas. En fin, contamos con un tercer lazo, el que los alumnos y los oyentes anudarán entre nosotros por su amor a la verdad, por su alto espíritu de estudio sincero y desinteresado. A ellos corresponde elevarnos y mantenernos muy alto por el llamado constante que tienen derecho a hacer a nuestro celo, porque nosotros les debemos una enseñanza, sino siempre nueva, al menos incesantemente renovada por la perseverante investigación y la reflexión profunda. Puesto que aceptamos esta tarea grandiosa y temible —contribuir a

formar hombres—, los estudiantes que vengan a escucharnos podrán exigir de nosotros una abnegación unánime y completa a la causa que representamos. Lo mismo que Emerson, nos dirán con toda justicia que la primera cualidad del hombre que se consagra a la verdad científica es el heroísmo.

Esta cualidad que el filósofo americano pide al profesor, puede, con un derecho igual, incluso superior, pedirla el alumno, porque este nos permite más vastas esperanzas; es a él a quien pertenece el porvenir. Muchos de entre nosotros casi han concluido su vida; los jóvenes que vienen a nosotros apenas la han comenzado y debemos ayudar a que la vivan noblemente. Sobre todo, aquéllos deben ser héroes, y nosotros, que tenemos una parte de responsabilidad en su existencia, no sabríamos proponerles un ideal demasiado grandioso, pedirles realizaciones demasiado elevadas.

Aún en lo que concierne únicamente a los estudios, el objetivo que debe alcanzar el alumno es de un singular rigor y, si se quiere observar bien, su realización le costará grandes esfuerzos en valor y en perseverancia. Es que a la entrada misma de los cursos le será necesario elegir entre dos maneras de concebir la vida de disciplina intelectual. Millares de jóvenes, se sabe, tratan de simplificar su trabajo aprendiendo de memoria las fórmulas de sus manuales, remachando frases expectoradas ante ellos por profesores célebres, rompiéndose la cabeza en secas definiciones, sin color y sin vida, como las de un diccionario. Pero no es eso lo que nosotros esperamos de un estudiante digno de su bello nombre. Al contrario, lo ponemos vivamente en guardia contra todos los formularios y los guía-asnos que no gustan de los libros ni tampoco de la naturaleza; le decimos que desconfíe de los programas que limitan la inteligencia, de los cuestionarios que la anquilosan, de los resúmenes que la empobrecen, y le aconsejamos que estudie por sí mismo, con todo el entusiasmo del

descubrimiento. Sin duda, puesto que los reglamentos universitarios lo quieren así y que, en las familias mismas, pocos padres tienen el valor o incluso la posibilidad material de preferir para sus hijos el estudio puramente desinteresado de la ciencia a la que se gradúa por exámenes y diplomas, sin duda la mayor parte de los jóvenes inscritos en nuestros cursos tendrá ante sí la perspectiva de fórmulas a aprender y de preguntas oficiales que responder; pero estas pruebas, que se consideran a menudo como el acontecimiento capital de los estudios, será para ellos, si verdaderamente son hombres, una preocupación muy secundaria. Su grave preocupación consistirá no en aparentar que saben, sino en saber.

Comenzarán, pues, con toda ingenuidad de espíritu, por el estudio alegre y libre de la ciencia por sí misma, sin recurrir nunca a los memorándum con que se pretende favorecerles. La naturaleza, tal será su gran campo de observación, todo lo a menudo que les sea posible contemplarla; es a ella a la que deben interrogar, escrutar directamente, sin tratar de verla más o menos falseada, a través de las descripciones de los libros o los cuadros de los artistas. Estudiarán también la naturaleza más restringida, pero más intensa, que presentan los seres vivos, sobre todo el hombre, con las mil alternativas de la salud y de la enfermedad. Fuera de todos los volúmenes que el tiempo envejece, ¿no están ahí los libros por excelencia, los libros siempre vivientes en donde, para el lector atento, nuevas páginas, cada vez más bellas, se agregan incesantemente a las precedentes?

Eso no es todo: el lector se transforma en autor. Gracias al poder de magia que le da la experiencia, puede suscitar cambios a su antojo en la naturaleza ambiente, evocar fenómenos, renovar la vida profunda de las cosas por las operaciones del laboratorio, convertirse en creador; por decirlo así, transfigurarse en un Prometeo portador del fuego. Y ¿qué palabra

impresa, bien aprendida de memoria, podrá nunca reemplazar para él esos actos verdaderamente divinos? Sin embargo, puede tener más todavía si la amistad de otros compañeros de labor dobla sus fuerzas.

Las conversaciones serias con los compañeros de estudios, buscadores como él de la verdad, elevarán y afirmarán su espíritu, le adiestrarán en todos los ejercicios del pensamiento, le darán el atrevimiento y la sagacidad, enriquecerán hasta el infinito el libro de su cerebro y le enseñarán a manejarlo con una perfecta soltura. Sin duda, entre los jóvenes que se preparan para los estudios fuertes hay algunos muy excepcionales que tienen una potencia de absorción y de digestión intelectuales suficiente para utilizar toda modalidad de instrucción, incluso la de los manuales, de la manera más feliz en apariencia; aprovechan de todo, incluso en los formularios más insípidos, como esos trabajadores de buena salud para los cuales, según un proverbio enérgico, *para digerir*, todo es bueno. Pero, por dispuestos que estén para las distintas formas de instrucción, tienen que desconfiar sobre todo de su excesiva facilidad: es un peligro capital el comprender demasiado pronto, sin trabajo, sin esfuerzo ni larga labor de asimilación. Se rechaza negligentemente el hueso que otro hubiere lamido hasta el tuétano; se deja ir a la indiferencia, casi al desprecio de las cosas más bellas; se desgasta vergonzosamente a propósito de la ciencia que debería suscitar tanto respeto, evocar tanta alegría profunda; en fin, se limita a repetir lo que otros han dicho, en lugar de aportar en su lenguaje el acento personal, la altiva originalidad.

Es, pues, desde arriba, desde muy arriba que el estudiante verdaderamente amante del saber debe preludiar esas formalidades de fin de año, esos triviales exámenes de salida, que le darán una estampilla oficial, símbolo de pereza y de detención definitiva del estudio para los cobardes, cuando

para los valientes no implica siquiera un tiempo de reposo en la continua labor. Sin duda se requieren exámenes en el alto sentido de la palabra, y la enseñanza de los filósofos griegos, tal como la reproducen los diálogos de Platón, no consistía en realidad más que en una conversación permanente del estudiante con su propio pensamiento, en su examen continuo del alumno por sí mismo, bajo la evocación de un Sócrates o de otro pensador.

Cuando se trataba ante todo de conocerse a sí mismo, ese examen incesante era necesario al hombre que estudiaba; ahora se hace más indispensable, puesto que se trata de conocer a la naturaleza, de la que cada individuo no es más que una simple célula. Así, el joven que vive de su enseñanza debe interrogarse y responderse sin cesar, con toda probidad y severidad: comparadas con este examen personal, las formalidades usuales de fin de año son poca cosa; le bastará una conciencia tranquila y no experimentará disgusto en formular en voz alta lo que su inteligencia ha comprendido desde hace mucho tiempo. Le bastará dar mentalmente a las cuestiones casi siempre incoherentes del examen la unidad que les hace falta.

La dignidad del estudio tiene ese precio. A vosotros os corresponde elegir, puesto que tenéis la conciencia de vuestra responsabilidad; a vosotros os corresponde decidir cómo utilizaréis la enseñanza de vuestros profesores y amigos, sea para amontonar en vuestra memoria palabras que olvidaréis pronto, sea para abarcar en vosotros ese mundo del conocimiento que crece sin cesar y del cual cada hecho nuevo despierta un entusiasmo siempre renaciente. Si el heroísmo de un trabajo a la vez ascético y alegre os asegura esa noble conquista de la ciencia, ¿no seréis ampliamente compensados por todas las pequeñas miserias que la vida aporta consigo? Pero si no habéis tenido otro mérito, en el día final, que

el de responder a cada pregunta, como un eco más o menos fiel; si no habéis tenido la plena independencia de —vuestro espíritu original y personal, se preguntará uno si sois verdaderamente dignos de la ciencia que pretendéis amar y se os acusará quizá de una ambición mezquina, la de las ventajas materiales aseguradas por el examen. Se podría entonces calificaros, como se hace en Rusia, con un matiz de desprecio, con el término de *carreristas*, y trataros de aprendices industriales que recuerdan fórmulas lucrativas para acumular oro. ¡Triste y vergonzosa piedra filosofal!

Al que ha mordido francamente el fruto del árbol de la ciencia, durante toda su vida ese alimento le será indispensable: el aprender formará parte de su existencia misma. Importa, pues, que su trabajo se prosiga con método, de una manera armónica y ponderada, de suerte que no se convierta en prisionero de sus propios estudios, sino que quede dueño de ellos. Así, como acaba de decirse, el estudiante debe ocuparse ante todo de los estudios hacia los cuales le impulsa su genio particular y cavar muy profundamente en la ciencia especial que siente la vocación de profesar. Con muy justo título se os ha prevenido contra un peligro, el de difundiros en demasiadas investigaciones a la vez, con el riesgo de no ser más que aficionados, de no tener más que una visión superficial de las coas; pero hay que preveniros también contra el peligro opuesto, el de una especialización extrema, peligro tanto más temible cuanto que algunos se dejan llevar fácilmente a considerarle como un objetivo a alcanzar.

Hubo un tiempo —todos lo recuerdan— en que se veía en la extrema división del trabajo una de las realizaciones más deseables de toda gran industria manufacturera; los economistas auspiciaban esa división con un entusiasmo casi religioso y se exaltaban en la descripción de la fabricación de un alfiler, obtenido por el trabajo de un centenar de obreros,

cada uno de los cuales durante días, meses, años —durante la vida entera—, tenía que hacer el mismo movimiento, dar el mismo golpe de cincel, de lima o de bruñidor. Esta especialización absoluta de las funciones del organismo industrial ha cesado de parecer tan perfectamente admirable, y algunos se preguntan si está conforme con el respeto del hombre por el hombre el transformar a un ser humano en un simple instrumento, condenado durante toda su existencia a no hacer más que un solo movimiento mecánico, deformando el cuerpo, subyugando, aniquilando el espíritu.

De igual modo se puede dudar de que la recomendación habitual, continuamente repetida a los jóvenes sabios, de mantenerse estrechamente en su especialidad —en su *fach* o cajón, como dicen los alemanes—, sea verdaderamente favorable al desenvolvimiento intelectual del individuo y al progreso de la ciencia en su conjunto. El químico que es simplemente químico y que se liga estrictamente a una cuestión particular en el dominio infinito del saber, ¿adquiere un conocimiento más íntimo y más profundo que el compañero que ha llegado a ser al mismo tiempo biólogo y físico, y es capaz de estudiar los hechos infinitamente complejos en el múltiple resplandor de varias ciencias? En toda su investigación se encuentra en presencia de cuestiones que promueven como por rebote una sucesión indefinida de problemas en todo el saber humano.

No quiero citar más que un ejemplo tomado en el rincón más estrecho de mi especialidad geográfica, envidiosamente vigilada por tantos sabios. Una de sus recomendaciones más urgentes para el estudio de los mapas consiste en enseñar a los niños a tomar la medida de su aula con sus bancos, sus mesas, sus pobres paredes blancas o decoradas sin gusto. ¡He ahí el microcosmos que se trata primero de conocer a fondo, de medir en todos los sentidos, de cartografiar, de situar en el

espacio relativamente a las calles y a las casas de los alrededores! Pero un obstáculo se presenta de inmediato. Para orientar esas mesas, esos bancos, esas paredes, no hay que salir ya de la habitación a fin de trazar líneas indefinidas hacia los puntos cardinales, es decir, más allá de la Tierra, de la Luna y del Sol, de las estrellas y de las galaxias, hasta el mundo sin límites del éter desconocido. ¡Para sus comienzos en la ciencia el alumno debe encerrarse en un agujero, y he ahí que el Universo se abre a su alrededor en su inmensidad!

Y para todas las ciencias sería fácil hacer observaciones análogas, porque no se podría imaginar un solo hecho que no se halle en el punto de cruce de todas las series de fenómenos que se estudian en la naturaleza: para explicarlo completamente haría falta saberlo todo. Así, el estudiante ve prolongarse ante él la perspectiva de un campo de estudios ilimitado. Un buen método exige que en ese infinito trate de conocer a fondo, con una precisión, una claridad perfectas, cada punto que se relacione con la especialidad de la cual él sea en el mundo el intérprete escuchado con deferencia; pero que en las otras ciencias tenga *claridades de todo*, como la mujer de Moliere, que no ignoraba ninguno de los grandes órdenes de hechos, ninguna de las ideas generales; que abarque en su espíritu todo el saber posible, a fin de apreciar todos los progresos que se realicen en el mundo del pensamiento y se sienta vivir por todos los folículos de su cabeza.

Además del peligro de una especialización demasiado estrecha en un cerebro desprovisto de horizontes, existe otra especialización que sería más peligrosa todavía si se pudiese admitir su sinceridad perfecta y si no se convirtiese por una parte en vanidad, por otra, en hipocresía. Aun en ciertas obras de alto saber, donde no se esperaría hallar semejantes pobrezas, se habla de ciencia alemana o de ciencia francesa, de ciencia italiana o de alguna otra ciencia llamada nacional,

como si la noción misma del conocimiento no excluyese todas las supervivencias de fronteras y de enemistades nacionales. No hay ni Alpes, ni Pirineos, ni Balcanes, ni Vístula, ni Rin para transformar la verdad *del lado de acá* en error *del lado de allá*. Es en perfecta comunión fraternal como los sabios, separados por montañas, ríos ornar, tienen que juzgar el valor de una hipótesis o de una teoría; la nacionalidad de un inventor no agrega nada al valor de su descubrimiento, ni le quita nada. Y por otra parte, ¿cómo dar un timbre nacional a lo que por su esencia misma es de origen infinitamente múltiple, al producto de una colaboración universal de todas las naciones y de todos los tiempos?, ¿Qué sería de los más audaces de los sabios si de repente las teorías de Euclides, la tabla llamada de Pitágoras y las leyes de Arquímedes les faltasen, si el alfabeto de los fenicios y las cifras árabes desaparecieran de su memoria? Cada hombre de ciencia no es nada más que un representante de la inmensa humanidad pensante, y si lo olvida, disminuye otro tanto la grandeza de su obra. ¡Qué asombro acogería al hombre de estudio que proclamase la gloria de la ciencia gascona, burgonda, normanda campinense! Y el ridículo, ¿es menor para el que se vanagloria de ser un astro en la pléyade francesa, o en la constelación romana?

¡Y, sin embargo, se atreve incluso a emitirla pretensión curiosa de restringir la ciencia a los intereses de un partido, de una clase, de un soberano! Ciertamente, tal químico famoso se prestó ampliamente a la risa cuando presentó al rey Luis Felipe «dos gases que iban a tener la felicidad de combinarse ante él»; pero ¿es preciso reír o llorar cuando se oye aun profesor eminente y de muy alto saber, que teniendo quizá que hacerse perdonar su nombre francés, reivindica un privilegio para los sabios alemanes, el de ser los guardias intelectuales de la imperial casa de los Hohenzollern?

Admitiendo que el estudiante ideal, tal como lo soñamos en vosotros, sepa perfectamente dirigir su trabajo y dar a su ciencia toda la altura y la amplitud necesarias, le quedará siempre por resolver la gran cuestión planteada ante los hombres desde la leyenda relativa al árbol del conocimiento y al fruto prohibido. Le será preciso probar con su ejemplo que se llega a ser realmente feliz por el acrecentamiento del saber. Si no, las almas timoratas se complacerán siempre en pensar que hubiera valido más pudrirse en la ignorancia primitiva, y hasta entre aquellos que estudiaron se encontrarán ciertamente quienes, fatigados del largo esfuerzo, se dejarán desalentar, cesarán de confiarse a su razón. Consentirán en que se les vende los ojos o al menos en que se les proporcione pantallas, anteojeras y viseras, y en lo sucesivo, ciegos o semiciegos, se remitirán a la guía de los hombres que se dicen ilustrados por la luz celeste de la fe, católica en la Europa occidental, ortodoxa en Rusia, brahmánica en la India, budista en el Extremo Oriente, o en todas partes vagamente mística, abandonada a las fuerzas desconocidas del más allá.

Podemos comprender en efecto dos especies de dicha, dadas ambas por la paz de la conciencia. La primera, que glorifica Tolstoi, es la del humilde de espíritu, del primitivo que no pide nada y se vivir, reconociendo todo lo que el destino le trae, fortuna o infortunio; la segunda es la felicidad del hombre fuerte que trata siempre de conocer su camino y que, aun en la incertidumbre del espín conserva una perfecta igualdad del alma, porque sabe dirigir estudios y sus actos para llegar a la calma suprema conquistada la bondad y el querer incesante. Entre esos dos géneros de dicha, ¿hay un tercero, el que buscaba Pascal por el embrutecimiento pensamiento? Es permitido dudar de ello, porque Pascal y los que gustaron ya del fruto de la ciencia no conseguían olvidar completamente lo que habían aprendido. Es demasiado tarde

para que vuelvan a encontrar la dicha en la simplicidad de la ignorancia; la lucha de los dos principios que les atenazan no puede menos que arrastrarlos al sufrimiento y también a la desesperación. Para ellos no habría más que una salvación: no mirar hacia atrás, avanzar resueltamente hacia adelante por el camino del saber.

Recuérdese que, en ocasión de los grandes acontecimientos de la Revolución francesa, cuando tantos hombres inteligentes eran amenazados por la cuchilla de la guillotina, el lenguaje de los valientes no por eso se volvía menos altivo a medida que crecía el peligro: los que querían quedar libres a pesar de todo habían hecho un pacto con la muerte. A su ejemplo, cada uno de nosotros debe tener tan alta idea de su labor, que para llevarla a cabo haga un pacto con todos los desastres posibles e imposibles; es así como permanecerá seguro de una dicha que no engaña nunca, quedando por encima de todas las miserias de la vida. Y, sobre todo, que para sus estudios no cuente con ninguna recompensa, con ninguna deuda que la sociedad haya contraído hacia él; esta no le debe nada y le da suficiente al asegurarle la alegría de aprender y de utilizar su saber al servicio del prójimo. Pero si espera que la ciencia le remunere como a un rentista del Estado, que no se las tome más que consigo mismo si le llega a engañar, si no eleva su espíritu, no ennoblece su corazón y no le da la serenidad de una existencia dichosa. Cuanto más sabe, es decir, cuanto más ha recibido, más debe dar a cambio, más debe adquirir su obra un carácter de abnegación y también de sacrificio: no puede pagar la deuda a sus hermanos más que convirtiéndose en apóstol.

Vivificar la ciencia por la bondad, animarla con un amor constante por el bien público, tal es el único medio de hacerla productora de dicha, no solo por los descubrimientos que acrecientan las riquezas de toda especie y por las que

podrían aliviar el trabajo del hombre, sino, y sobre todo, por los sentimientos de solidaridad que evoca entre aquellos que estudian y por las alegrías que suscita todo progreso en la comprensión de las cosas. Esta dicha es una dicha activa; no es la egoísta satisfacción de conservar el espíritu en reposo, sin perturbaciones ni rencores. Al contrario, consiste en el ejercicio arduo y continuo del pensamiento, en el disfrute de la lucha que la ayuda mutua hace triunfante, en la conciencia de una fuerza constantemente empleada. La felicidad a que la ciencia nos convida es, pues, una felicidad que nos hace trabajar para conquistarla todos los días. No hay para nosotros reposo más que en la muerte.

Pero —se nos dirá— la obra que ofrecéis como ideal al joven, ¿no es difícil, casi imposible? Ciertamente, le pedimos que realice una obra muy alta. Hemos hecho nuestra la frase de Emerson: «El sabio debe ser un héroe!».

Prólogo a *Nociones de Geografía Física**

por

Élisée Reclus

En un bloque de mármol se encierra la más bella de las estatuas y la ciencia perfecta cabe en un grueso manual de algunos centenares de páginas. Pero es necesario que el escultor talle la piedra y revele la efigie oculta; de la misma manera es preciso que el alumno descubra el pensamiento que palpita en la obra bajo la vestidura de las palabras. Es así como surgirá la figura del monumento e irradiará la verdad laboriosamente buscada.

Todo profesor sabe con qué prudencia debe proceder a este trabajo delicado: la revelación gradual de lo verdadero en el espíritu de los niños. Su enseñanza no debe tener nada de brusco ni menos de brutal; nada que pueda dejar una impresión de impotencia ni de duda en la joven inteligencia que

* *Nociones de Geografía Física* (Barcelona, Imprenta Luz, 1905) fue escrito por el naturalista español Odón de Buen y del Cos (1863-1945), encargado de la revisión de *El Hombre y la Tierra*. Este libro, además, era parte de la bibliografía de la Escuela Moderna de Barcelona.

se abre ante él; es decir, que el estudio debe repartirse como un alimento natural pedido por el niño mismo y libremente asimilado.

En cuanto afecta a la Geografía, el estudio se facilita observando con frecuencia el aspecto de la Naturaleza, sobre todo en las localidades favorecidas donde puede verse cómo se extiende el mar inmenso y cómo se alza en el horizonte el perfil de las rocas y de las montañas. El joven estudiantes paseará con sus padres, con sus compañeros o con sus maestros; verá playas y escarpes, islas y penínsulas, grutas, cuestas, arroyos, barrancos, valles, y cuando oiga el relato de algún viaje, lo comparará en su pensamiento a los que él ha hecho; la evolución sufrida por la Humanidad desde las navegaciones de Ulises, le será más fácil de comprender porque él ha sufrido, con su pequeña experiencia, una evolución parecida.

Todo el arte del profesor estriba en esto: hacer seguir a su discípulo el camino que la Humanidad ha seguido. La Geografía comparada nació al mismo que las primeras lenguas; muchos siglos antes de la época en que se concretó la Ciencia; sus vestigios se encuentran en los mitos más primitivos. Nuestros antepasados más antiguos, habían apreciado perfectamente los contrastes que presentaban, como lugares de habitación, las diversas partes de la Tierra y nos lo demuestran en sus cantos, en sus leyendas, sobre todo en los nombres de localidad con que llenaron el mundo.

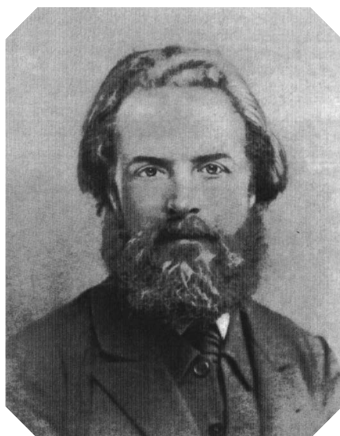
Observaron las diferencias de suelo, de relieve, de orientación, de aspecto, de flora, de fauna, y denominaron las regiones según estos caracteres distintos. En ciertos pasajes los contrastes son bruscos, de una tal precisión que se imponen desde luego; aquí la arena blanca de la duna empujada sobre los estanques y sobre las marismas fangosas; allá la capa de aluviones fluviales defiende del mar a las plantas marinas; las

peñas que surgen bruscamente en la llanura uniforme. En semejantes relatos se imponen los nombres que implican el contraste geográfico; pero en los mismos pasajes donde las transiciones se verifican de una manera casi imperceptible, objetos notables, como peñascos, fuentes o árboles, se invocan para señalar el país con una denominación particular y característica.

El dominio de la Geografía abraza todo esto, y el profesor, que ha de educar el pensamiento en los niños, debe acompañarle en todo este mundo de otro tiempo donde se revelan nuestros orígenes. Pero semejantes excursiones por el pasado no se hacen sin mucho trabajo, sin observaciones paralelas en las Ciencias naturales, históricas, sociológicas: en una palabras, obligarían al alumno a pensar haciendo de él un hombre que razone y que induce.

Se comprende por qué el Gobierno ruso prohibió hasta una época reciente (1884) la enseñanza de la Geografía en las Universidades del Estado: «Es una vana ciencia —decía el dictamen oficial— que presenta al alumno hechos extraños a las tradiciones nacional y les desvía de la senda de obediencia en la que debe procurar mantenerse toda enseñanza seria.» En efecto, la Geografía puede enseñar al niño ruso, que hay países cuyos habitantes no obedecen al Tzar de la muy santa Rusia, que acá y allá estallan a veces revoluciones libertadores y que ciertos *locos* han proclamado en alguna parte los *Derechos del hombre*. A los ojos de estos locos, entre los cuales tenemos la satisfacción de contarnos, la Geografía es la Ciencia que demuestra la unidad perfecta del gran dominio terrestre y lo absurdo de las fronteras.

Índice



Élisée Reclus, nació en Sainte-Foy-la-Grande, en medio de una familia protestante, siendo el cuarto hermano de una decena de hijos del pastor Jacques Reclus, que como tal, sea en secreto o explícitamente, esperó siempre que uno de su descendencia siguiera su camino: lamentablemente para él, tanto Élisée como Élie, su hermano mayor, caminaron juntos el Ideal anarquista.

Desde muy niño, dejó que su imaginación vagara libre por montes, ríos y praderas, acrecentando lo que años después se mostraría en plenitud en las cientos de miles de páginas que van desde la geografía física a la "Geografía Social", estudio y método desarrollados por Élisée Reclus para dar a conocer cómo las formas de relaciones libres entre las personas y de éstas con la Naturaleza han estado presentes en la evolución de la humanidad, sobre todo en cuanto a lo que él denominó como las tres leyes: la "lucha de clases", la búsqueda del equilibrio y la soberanía del individuo.

Desde un comienzo, su vida está plagada de idas y venidas, cárceles y exilios: si bien cuando joven viajó a causa de sus estudios en Alemania con los hermanos moravos, ya luego como estudiante de teología en Montauban, no tardarían en dar frutos: por un viaje para ver el mar Mediterráneo, junto a su hermano Élie, será expulsado de la facultad.

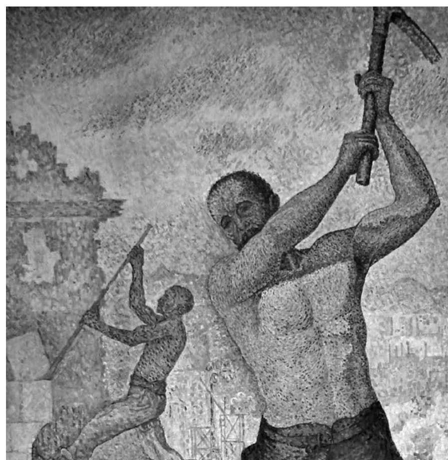
Aprendiendo idiomas, estudiando geografía con Karl Ritter y resistiendo al golpe de Estado que da Napoleón III (en esta época ya era republicano y socialista), la vida de Reclus estará marcada desde entonces por la exploración de Europa y América, sea por cuenta propia o por los exilios, los que soporta gracias a sus investigaciones y la presencia de su hermano Élie. Mientras va de Irlanda a la actual Colombia, a Estados Unidos o de vuelta a Europa, su espíritu socialista crece, se fortalece, al tiempo en que se modifica. Se unirá a la causa communard que toma París en 1871, siendo arrestado y finalmente expulsado. Desde antes, ya había trabado contacto con Bakunin y Kropotkin. Del primero se hará cargo se sus escritos. Con el segundo, además, le unirá la pasión geográfica.

Obras como *La Tierra*, *Nueva Geografía Universal* o *El Hombre y la Tierra* son demostración cabal de la fortaleza, sabiduría y disciplina de este hombre que, muy por el contrario a lo que muchos creen, en cada página desenvuelve, para dar a conocer, la Anarquía en su estado natural: la de los ríos y montañas, la de los pueblos primitivos o de las sociedades laborales que se ayudan en interés de la libertad.

Se dice que al momento de morir, le comentaban la sublevación en Sebastopol en Rusia, por lo que se le escuchó decir: "La Revolución, ¡Al Fin!". Este mismo hombre había expresado que "La Anarquía es la más alta expresión del orden". Murió físicamente un 4 de julio de 1905.

El Estado Moderno

——— Élisée Reclus





ISBN: 978-956-9261-02-2

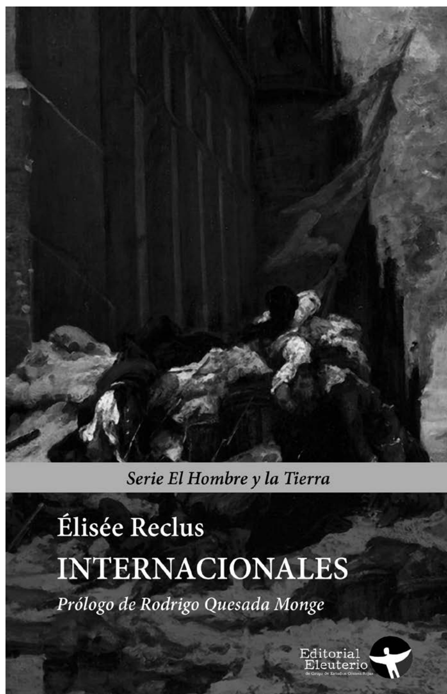
Páginas: 94

Año de edición: 2013

En eso consiste la gran revolución que se prepara y que hasta se va realizando a nuestra vista. Al funcionamiento social en diferentes naciones, separadas por fronteras y bajo la dominación de individuos y de clases que se tienen por superiores a los otros hombres, se entremezcla y se sobrepone, de una manera cada vez más regular y decisiva, otro modo de evolución general, el de la acción directa por la voluntad libremente expresada de los hombres que se asocian para una obra determinada, sin preocupación de fronteras entre las clases y los países. Toda realización que se verifica así sin la intervención de los jefes oficiales, fuera del Estado, cuyo pesado mecanismo y cuyas prácticas trasnochadas no se prestan al movimiento normal de la vida, es un ejemplo que puede ser utilizado para empresas más grandes.

Internacionales

Élisée Reclus



ISBN:

Páginas: 124

Año de edición: 2017

¡Cuánto más importante que aquella concordia provisional entre personajes de diversas naciones, fue la otra Internacional, la que nació espontáneamente entre trabajadores y hambrientos pertenecientes a todas las naciones que se reconocían hermanos por la voluntad común! Los astrónomos, los geógrafos, los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta, y unos humildes obreros ingleses, alemanes, suizos y franceses, sintiéndose dichosos por amarse en razón de que habían sido destinados a odiarse y que se expresaban difícilmente en una lengua que no era la suya, se estrechaban en un mismo grupo y se unían para formar una sola nación, despreciando todas las tradiciones y las leyes de sus respectivos gobiernos.

¡Viva la autogestión!

Nos alegra saber que has llegado a un libro del catálogo de Editorial Eleuterio. Esta es una versión electrónica de un título que también está disponible en ferias, librerías, bibliotecas y archivos. La reproducción material de libros es fundamental como método de propaganda: es un oficio aliado con el universo de las imprentas y las bibliotecas. Por eso, incentivamos el apoyo a los proyectos autónomos.

Aporta con el desenvolvimiento libre de las ideas y conocimientos: asiste a encuentros como ferias, lanzamientos y foros; consulta catálogos editoriales; comenta, comparte, intercambia, regala, multiplica libros; arma bibliotecas en casa, en el barrio, en la escuela.

Los libros son alimentos. En el apoyo mutuo se cultivan. En la libertad mancomunada perduran. En el diálogo se expanden.

Visita
www.eleuterio.grupogomezrojas.org



Este libro fue proyectado en São Paulo, Brasil, durante las primaveras anarquistas de 2014, mientras trabajábamos en Biblioteca Terra Livre. Lo imaginó Artes Gráficas Cosmos. Está compuesto por la familia tipográfica Minion Pro. Terminó de imprimirse durante el verano del año siguiente, en Santiago de Chile.

JACQUES ÉLISÉE RECLUS

Educación

El arte de la educación, como todas las demás artes, es de invención pre-humana. En todas las conquistas del ingenio, el hombre ha sido precedido por los animales, y ha seguido falsa vía siempre que se ha separado del ejemplo recibido. La educación, tal como se comprende por nuestros "hermanos inferiores", ha conservado su carácter normal, eficaz, en tanto que entre los humanos ha degenerado frecuentemente en pura rutina y a veces a obrado en sentido inverso de su objeto: no es raro que se convierta en verdadero embrutecimiento.

ÉLISÉE RECLUS

"Educación", capítulo del sexto tomo de *El Hombre y la Tierra*, magna obra escrita por el geógrafo francés Élisée Reclus y, sin duda, la más completa exposición de la cosmovisión anarquista.

Serie El Hombre y la Tierra - Volumen 2


ISBN 978-956-9261-07-7





www.grupogomezrojas.org